

Miguel León-Portilla

*Antología. De Teotihuacán a los aztecas
Fuentes e interpretaciones históricas*

Segunda reimpresión 1977

México

Universidad Nacional Autónoma de México

Instituto de Investigaciones Históricas

Colegio de Ciencias y Humanidades

1977

614 p.

Ilustraciones, mapas, texto

Lecturas Universitarias, 11

[Sin ISBN]

Formato: PDF

Publicado en línea: 5 de marzo de 2018

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/teotihuacan_aztecas/132.html



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

DR © 2018, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México

INTERPRETACIONES DE DISTINTOS HISTORIADORES

1) LOS SACRIFICIOS Y FIESTAS RELIGIOSAS

Fray Bartolomé de las Casas ²²

Dedicó fray Bartolomé varios capítulos de su Apologética historia sumaria al tema de la religiosidad prehispánica y de modo especial al de los sacrificios y formas de culto. En el capítulo CLXIX ofrece, en una especie de visión de conjunto, el elenco de todo aquello que, en honra de sus dioses, sacrificaban los antiguos mexicanos. A juicio del padre Las Casas, no hubo nunca en el mundo gente más religiosa que éstos. Así, aun cuando en ocasiones practicaron ritos que a algunos pueden parecer cosa de espanto, en ello mismo demostraron el sumo aprecio que tenían respecto de la divinidad. Por eso, la predicación del cristianismo entre estos indígenas —así lo pensó fray Bartolomé—, pudo ser siembra en tierra buena, ya que estaban preparados a su modo para recibirla con su antiguo y profundo sentido religioso.

El culto en las provincias de la Nueva España

Fue tanta y tal la religión y el celo della y devoción a sus dioses, y con tanta observancia y tan rigorosa, celebrada y conservada con ritos y sacrificios tales y tan costosos y ásperos, aunque con summa alegría y promptísima voluntad ejecutados y complidos, sin que hobiese, por mínima qué fuese, alguna falta, la que hobo en la Nueva España, que consideralla es cosa para espantar, y también para poner temor a los que somos cristianos quando no agradeciéremos a Dios habernos benignamente dado religión y ley tan suave y sacrificio tan sin costa, tan fácil, tan digno, sancto, puro, limpio y deleitable, con cuya cuotidiana y ligera oblación cada hora se nos aplaca, y por los méritos del cordero sin mácula que le sacrificamos, nos concede remisión de nuestros grandes pecados. Nunca gente hobo en el mundo de cuantas

²² Fray Bartolomé de Las Casas, *Apologética Historia Sumaria*, edición preparada por Edmundo O’Gorman, 2 vols., México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1967, t. II, pp. 184-186.

habemos nombrado, ni parece haber podido ser otra, si alguna, por no tener noticia della, se ha dejado, al menos no se ha hallado, que tan religiosa y devota fuese, ni de tanto cuidado, y que tanto cerca del culto de sus dioses haya trabajado y arresgado como la de la Nueva España. Esto parecerá en el proceso de lo que de sus sacrificios se contará, bien claro, y no deja de parecer en lo que ya se ha dicho de los dioses y templos que tuvieron, harto.

Las cosas que sacrificaban eran todas las animadas y que tenían vida, y de las insensibles que carecían della, y de todas cuantas podían haber, sin sacar alguna. Sacrificaban animales, conviene a saber, leones, tigres, onzas, que son como gatos grandes, raposos y otros que llamaban *coiotes*, que son como entre lobo y raposo; venados, liebres, conejos y perrillos de los naturales de aquella tierra, que gruñen y no ladran; aves de cuantas podían tomar, en especial codornices; culebras y lagartos y lagartijas; langostas y mariposas; rosas y flores; sahumeros de inciencio y cosas aromáticas; pero el más noble y alto sacrificio que estimaban y más dellos usado y ejercitado y continuado era el sacrificar hombres, y bañallo todo con sangre humana suya propia de cada uno y de otros, y la que de sí mismos derramaban y con cuánto dolor, era cosa espantable. Ofrecían de sus propios sudores y trabajos y de la hacienda que tenían y ganaban, hasta empeñarse y algunas veces venderse para pagar lo que sacrificaban. Votos y ayunos terribles y aspérrimos que hacían y cumplían, y penitencias durísimas y extrañas. Tenían fuego perpetuo en los templos que nunca se apagaba si no era en cierta fiesta que lo encendían de nuevo, como nosotros hacemos en el Sábado de Pascua.

Comencemos a referir las fiestas, y en ellas los sacrificios. Ya se dijo arriba en el capítulo [121], hablando de los dioses que aquestas gentes tenían, cómo el año de que usaban era de diez y ocho meses, y el mes, de veinte días, con cinco días más, los cuales decían que andaban en vano y de balde, porque no tenían año, como irregulares y sin regla y sin señor que los gobernase. Cuando los españoles entraron en la Nueva España, que fue año de 1518 por hebrero, comenzaron el año las gentes della en primero del mes de marzo, porque por no alcanzar bisiesto no podía comenzar de allí otro año, y así había de ir cada año variando. Acabados los diez y ocho meses, los dichos cinco días irregulares eran de muy gran solemnidad cada uno dellos, donde se celebraban muy regocijadas fiestas con grandes sacrificios y cerimonias hasta que entraba el año siguiente. El postrero día de cada mes era fiesta general en toda la tierra, y de gran solemnidad en cierto día que era el postrero de cierta hedómada y semana de años que tenían, y este día era el postrero día de cincuenta y dos años, que era la hedómada.

En la ciudad de México y en todas sus provincias hacían esta cerimonia, conviene a saber, que por mandamiento de los pontífices y sacerdotes mataban todos los fuegos de los templos y de todas las casas, y para esto salían ciertos ministros del gran templo de México e iban dos leguas de allí por la calzada, a una villa o ciudad llamada Iztapalápan, y subíanse en un collado y mogote o serrejón que llamaban *vixachtla*, donde había un templo con quien tenía el gran rey Motenzuma muy arraigada devoción. Allí subidos, en la media noche, que era el principio del año cincuenta y dos siguiente y nueva hedómada de año, según la cuenta dellos, sacaban nueva lumbre de ciertos palos que son morales o moredas (de que arriba hecimos mención) y ellos llaman *tlecaquatl*, que quiere decir palo de fuego, y a gran priesa llevábanla luego, antes que nadie della encendiese, al dicho templo mayor de México distando de Iztapalápan dos leguas, y ofrecíanla delante los ídolos. Estaba luego aparejado un captivo de los habidos presos en guerra, y delante aquel fuego y lumbre sacrificándolo, le sacaban el corazón, y con la sangre dél, el pontífice mayor rociaba el fuego a manera de bendición. Hecho esto daba licencia el summo sacerdote que todos tomasen del fuego. Cada uno de los que habían venido de cinco y diez y quince y veinte leguas, por su devoción, a la fiesta, tomaban del fuego bendito y llevábanlo a sus pueblos. En las provincias y lugares y ciudades que estaban lejos, celebraban los mismos oficios y bendición del fuego, y hacían lo mismo que en México, con gran solenidad, regocijo y alegría. En la ciudad de México, como era de día, hacíase gran fiesta, y según dicen, sacrificaban gran número de hombres, que llegaban a cuatrocientos, y lo mismo se hacía por toda la tierra sacrificando los hombres captivos que tenían.

Cómo se disponían para celebrar esta fiesta es cosa digna de ser oída. En el templo de México entraban de nuevo cada año, sobre los que ordinariamente había, penitentes que ayunaban todo el año entero, y éstos pasaban de sesenta y ocho hombres. Ofrecíanse también voluntariamente muchas mugeres al dicho ayuno, por su devoción, y guisaban de comer a aquellos devotos penitentes. Todo el otro número de ministros ayunaban ochenta días antes de la fiesta, dentro del cual tiempo se sacrificaban muchas veces de día y de noche. Ofrecían oraciones e incienso a los dos principales ídolos que se adoraban en México, por cuya reverencia y servicio ayunaban toda la otra multitud de los mexicanos, y señaladamente los señores y principales ayunaban ocho días precedentes a la fiesta. Llegado el día festival, antes que amaneciese, ayuntados los sacerdotes y ministros del templo, los señores y caballeros y ciudadanos y la multitud del pueblo y gente innumerable de muchas partes que para este



día concurría, el summo pontífice con sus colaterales cardenales tenían aparejada y ataviada la imagen o ídolo del dios *Vicilopuhli*, o quizá era el que llamamos nosotros *Uchilobos*. Y el summo pontífice, vestido de pontifical ciertas vestiduras propias según la dignidad y la fiesta lo requerían (no dicen de qué materia, hechura ni color eran), tomaba la imagen, y otros que iban delante con incienso y perfumes odoríferos en sus incienarios perfumando, salían en procesión e iban al Tlatelulco, que es el barrio y plaza segunda de la ciudad, porque la primera y principal de todas es el barrio y plaza que señaladamente se nombra México. De allí salían de la ciudad e iban a un pueblo llamado Azcapuzalco, que está una legua. Estaba un oratorio, antes de entrar en él, llamado Culmán, o el lugar donde había el oratorio se llamaba Culmán; allí, finalmente, hechas ciertas cerimonias sacrificaban hombres de los presos en la guerra. Este sacrificio consumado, pasaban por el pueblo de Azcapuzalco a otro muy principal, cuyo nombre era Tlacoban, que corrupto el vocablo nosotros llamamos Tacuban, que está de México dos leguas; de allí procediendo adelante iban por Chapultepec, que es la fuente del agua que entra y anda por la ciudad de México. No paraban allí sino iban adelante al pueblo llamado *Vicilopuchco*, y un poco fuera del pueblo, donde había un otro templo, sacrificaban otros cuatro hombres. De allí volvían camino derecho de la ciudad, donde llegaban al medio día, no habiendo andado menos, y quizá más, de cinco leguas. Esta festividad celebraban los de la ciudad de Tezcuco con los mismos ayunos, trabajos, procesión, cerimonias y penitencias.

2) DE LA FIESTA DEL JUBILEO QUE USARON LOS MEXICANOS

Joseph de Acosta ²³

Varios son los capítulos que dedica Acosta en su Historia natural y moral de las Indias, al tema de la religión entre los mexicanos prehispánicos. Transcribimos aquí el capítulo 29 del libro V de esa obra suya, donde habla acerca de la fiesta de Tóxcatl, descrita por él como una especie de gran jubileo. En lo que consigna Acosta se trasluce la información recibida del jesuita mexicano Juan de Tovar, en estrecha relación, por cierto, con lo que había escrito fray Diego de Durán en su Historia de las Indias de Nueva España. No obstante esto, la clara exposición de Acosta cumple su cometido de presentar un aspecto más de lo que él llamó la historia moral del México antiguo.

De la fiesta del jubileo que usaron los mexicanos

Los mexicanos no fueron menos curiosos en sus solemnidades y fiestas, las cuales de hacienda eran más baratas, pero de sangre humana sin comparación más costosas. De la fiesta principal de Vitzilipuztli ya queda arriba referido. Tras ella la fiesta del ídolo Tezcatlipuca, era muy solemnizada. Venía esta fiesta por mayo, y en su calendario tenía nombre *toxcatl*, pero la misma cada cuatro años concurría con la fiesta de la penitencia, en que había indulgencia plenaria y perdón de pecados. Sacrificaban este día un cautivo, que tenía la semejanza del ídolo Tezcatlipuca, que era a los diez y nueve de mayo. En la víspera de esta fiesta venían los señores al templo, y traían un vestido nuevo, conforme al del ídolo, el cual le ponían los sacerdotes, quitándole las otras ropas y guardándolas con tanta reverencia como nosotros tratamos los ornamentos, y aún más. Había en las arcas del ídolo muchos aderezos y atavíos, joyas y otras preseas y brazaletes de plumas ricas, que no servían de nada sino de estarse allí, todo lo cual adoraban como al mismo dios. Demás del vestido con que le adoraban este día, le ponían particulares insignias

²³ Joseph de Acosta, *Historia Natural y Moral de las Indias*, edición preparada por Edmundo O'Gorman, México, Fondo de Cultura Económica, 1962, pp. 271-275.

de plumas, brazaletes, quitasoles y otras cosas. Compuesto de esta suerte, quitaban la cortina de la puerta, para que fuese visto de todos, y en abriendo, salía una dignidad de las de aquel templo, vestido de la misma manera que el ídolo, con unas flores en la mano y una flauta pequeña de barro de un sonido muy agudo, y vuelto a la parte de Oriente la tocaba, y volviendo al Occidente, y al Norte y Sur, hacía lo mismo. Y habiendo tañido hacia las cuatro partes del mundo, denotando que los presentes y ausentes le oían, ponía el dedo en el suelo, y cogiendo tierra con él, la metía en la boca y la comía en señal de adoración; y lo mismo hacían todos los presentes, y llorando, postrábanse invocando a la escuridad de la noche y al viento, y rogándoles que no los desamparasen ni los olvidasen, o que les acabasen la vida y diesen fin a tantos trabajos como en ella se padecían. En tocando esta flautilla, los ladrones, fornicarios, homicidas o cualquier género de delincuentes, sentían grandísimo temor y tristeza, y algunos se cortaban de tal manera, que no podían disimular haber delinquido. Y así todos aquellos no pedían otra cosa a su Dios, sino que no fuesen sus delitos, manifiestos, derramando muchas lágrimas con grande compunción y arrepentimiento, ofreciendo cantidad de incienso para aplacar a dios. Los valientes y valerosos hombres y todos los soldados viejos que seguían la milicia, en oyendo la flautilla, con muy grande agonía y devoción pedían al Dios de lo criado y al Señor por quien vivimos, y al sol, con otros principales suyos, que les diesen victoria contra sus enemigos y fuerzas para prender muchos cautivos, para honrar sus sacrificios. Hacíase la ceremonia sobredicha diez días antes de la fiesta, en los cuales tañía aquel sacerdote la flautilla, para que todos hiciesen aquella adoración de comer tierra y pedir a los ídolos lo que querían, haciendo cada día oración alzados los ojos al cielo con suspiros y gemidos, como gente que se dolía de sus culpas y pecados. Aunque este dolor de ellos no era sino por temor de la pena corporal que les daban, y no por la eterna, porque certifican que no sabían que en la otra vida hubiese pena tan estrecha, y así se ofrecían a la muerte tan sin pena, entendiendo que todos descansaban en ella. Llegado el propio día de la fiesta de este ídolo Tezcatlipuca, juntábase toda la ciudad en el patio para celebrar asimismo la fiesta del calendario, que ya dijimos se llamada *toxcatl*, que quiere decir cosa seca, la cual fiesta toda se endereza a pedir agua del cielo al modo que nosotros hacemos las rogaciones, y así tenían aquesta fiesta siempre por mayo, que es el tiempo en que en aquella tierra hay más necesidad de agua. Comenzábase su celebración a nueve de mayo, y acabábase a diez y nueve. En la mañana del último día, sacaban sus sacerdotes unas andas muy aderezadas, con cortinas y cendales, de diversas maneras. Tenían estas andas tantos asideros cuantos eran

los ministros que las habían de llevar, todos los cuales salían embijados de negro con unas cabelleras largas trenzadas por la mitad de ellas con unas cintas blancas, y con unas vestiduras de librea del ídolo. Encima de aquellas andas ponían el personaje del ídolo señalado para este oficio, que ellos llamaban semejanza del dios Tezcatlipuca, y tomándolo en los hombros, lo sacaban en público, al pie de las gradas. Salían luego los mozos y mozas recogidas de aquel templo con una soga gruesa torcida de sartales de maíz tostado, y rodeando todas las andas con ella, ponían luego una sarta de lo mismo al cuello del ídolo, y en la cabeza una guirnalda. Llámase la soga *toxcatl*, denotando la sequedad y esterilidad del tiempo. Salían los mozos rodeados con unas cortinas de red, y con guirnaldas y sartales de maíz tostado; las mozas salían vestidas de nuevos atavíos y aderezos, con sartales de lo mismo a los cuellos, en las cabezas llevaban unas tiaras hechas de varillas, todas cubiertas de aquel maíz, emplumados los pies y los brazos, y las mejillas llenas de color. Sacaban asimismo, muchos sartales de este maíz tostado, y poníanselos los principales en las cabezas y cuellos, y en las manos unas flores. Después de puesto el ídolo en sus andas, tenían por todo aquel lugar gran cantidad de pencas de maguey, cuyas hojas son anchas y espinosas. Puestas las andas en los hombros de los sobredichos, llevábanlas en procesión por dentro del circuito del patio, llevando delante de sí dos sacerdotes con dos braseros o inciensarios, inciensando muy a menudo el ídolo, y cada vez que echaban el incienso, alzaban el brazo cuán alto podían hacia el ídolo y hacia el sol, diciéndoles subiesen sus oraciones al cielo como subía aquel humo a lo alto. Toda la demás gente que estaba en el patio, volviéndose en rueda hacia la parte donde iba el ídolo, llevaban todos en las manos unas sogas de hilo de maguey, nuevas, de una braza con un ñudo al cabo, y con aquéllas se disciplinaban, dándose grandes golpes en las espaldas de la manera que acá se disciplinan el Jueves Santo. Toda la cerca del patio y las almenas estaban llenas de ramos y flores, también adornadas y con tanta frescura, que causaban gran contento. Acabada esta procesión, tornaban a subir el ídolo a su lugar adonde lo ponían; salía luego gran cantidad de gente, con flores aderezadas de diversas maneras, y henchían el altar y la pieza, y todo el patio, de ellas, que parecía aderezo de monumento. Estas rosas ponían por sus manos los sacerdotes, administrándoselas los mancebos del templo desde acá fuera, y quedábase aquel día descubierto, y el aposento sin echar el velo. Esto hecho, salían todos a ofrecer cortinas, cendales, joyas y piedras ricas, encienso, maderos resinosos, mazorcas de maíz y codornices, y finalmente, todo lo que en semejantes solemnidades acostumbraban ofrecer. En la ofrenda de las codornices, que era de los pobres, usaban esta ceremonia, que

las daban al sacerdote, y tomándolas, les arrancaba las cabezas, y echábalas luego al pie del altar, donde se desangrasen, y así hacían de todas las que ofrecían. Otras comidas y frutas ofrecía cada uno según su posibilidad, las cuales eran el pie de altar de los ministros del templo, y así ellos eran los que los alzaban y llevaban a los aposentos que allí tenían. Hecha esta solemne ofrenda, íbase la gente a comer a sus lugares y casas, quedando la fiesta así suspensa, hasta haber comido. Y a este tiempo, los mozos y mozas del templo, con los atavíos referidos se ocupaban en servir al ídolo de todo lo que estaba dedicado a él para su comida, la cual guisaban otras mujeres, que habían hecho voto de ocuparse aquel día en hacer la comida del ídolo, sirviendo allí todo el día. Y así se venían todas las que habían hecho voto, en amaneciendo, y ofrecíanse a los preósitos del templo, para que les mandasen lo que habían de hacer, y hacíanlo con mucha diligencia y cuidado. Sacaban después tantas diferencias e invenciones de manjares, que era cosa de admiración. Hecha esta comida y llegada la hora de comer, salían todas aquellas doncellas del templo en procesión, cada una con una cestica de pan en la mano, y en la otra una escudilla de aquellos guisados; traían delante de sí un viejo que servía de maestresala, con un hábito harto donoso. Venía vestido con una sobrepelliz blanca, que le llegaba a las pantorrillas sobre un jubón sin mangas a manera de sambenito de cuero, colorado; traía en lugar de mangas, unas alas, y de ellas salían unas cintas anchas, de las cuales pendía en medio de las espaldas una calabaza mediana, que por unos agujerillos que tenía estaba toda llena de flores, y dentro de ella diversas cosas de superstición. Iba este viejo así ataviado delante de todo el aparato, muy humilde, triste y cabizbajo, y en llegando al puesto, que era al pie de las gradas, hacía una grande humillación, y haciéndose a un lado, llegaban las mozas con la comida e íbanla poniendo en hilera, llegando una a una con mucha reverencia. En habiéndola puesto, tornaba el viejo a guiarlas, y volvíanse a sus recogimientos. Acabadas ellas de entrar, salían los mozos y ministros de aquel templo, y alzaban de allí aquella comida, y metíanla en los aposentos de las dignidades y de los sacerdotes, los cuales habían ayunado cinco días arreo, comiendo sólo una vez al día, apartados de sus mujeres, y no salían del templo aquellos cinco días, azotándose reciamente con sogas, y comían de aquella comida divina (que así la llamaban) todo cuanto podían, de la cual a ninguno era lícito comer sino a ellos. En acabando todo el pueblo de comer, tornaba a recogerse en el patio, a celebrar y ver el fin de la fiesta, donde sacaban un esclavo que había representado el ídolo un año, vestido y aderezado, y honrado como el mismo ídolo, y haciéndole todos reverencia, le entregaban a los sacrificadores, que al mismo tiempo salían, y tomándole

de pies y manos, el papa le cortaba el pecho y le sacaba el corazón, alzándolo en la mano todo lo que podía, y mostrándolo al sol y al ídolo, como ya queda referido. Muerto éste, que representaba al ídolo, llegábanse a un lugar consagrado y diputado para el efecto, y salían los mozos y mozas con el aderezo sobredicho, donde tañéndoles las dignidades del templo, bailaban y cantaban puestos en orden junto al atambor, y todos los señores, ataviados con las insignias que los mozos traían, bailaban en cerco alrededor de ellos. En este día no moría ordinariamente más que este sacrificado, porque solamente de cuatro a cuatro años morían otros con él, y cuando éstos morían, era el año del jubileo e indulgencia plenaria. Hartos ya de tañer, comer y beber, a puesta del sol íbanse aquellas mozas a sus retraimientos, y tomaban unos grandes platos de barro, y llenos de pan amasado con miel, cubiertos con unos fruteros labrados de calaveras y huesos de muertos cruzados, llevaban colación al ídolo, y subían hasta el patio, que estaba antes de la puerta del oratorio; y poniéndolo allí, yendo su maestresala delante, se bajaban por el mismo orden que lo habían llevado. Salían luego todos los mancebos puestos en orden, y con unas cañas en las manos, arremetían a las gradas del templo, procurando llegar más presto unos que otros a los platos de la colación. Y las dignidades del templo tenían cuenta de mirar al primero, segundo y tercero y cuarto, que llegaban, no haciendo caso de los demás hasta que todos arrebataban aquella colación, la cual llevaban como grandes reliquias. Hecho esto, los cuatro que primero llegaron tomaban en medio las dignidades y ancianos del templo y con mucha honra los metían en los aposentos, premiándoles y dándoles muy buenos aderezos, y de allí adelante los respetaban y honraban como a hombres señalados. Acabada la presa de la colación y celebrada con mucho regocijo y gritería, a todas aquellas mozas que habían servido al ídolo, y a los mozos, les daban licencia para que se fuesen, y así se iban unas tras de otras. Al tiempo que ellas salían, estaban los muchachos de los colegios y escuelas a la puerta del patio, todos con pelotas de juncia y de yerbas, en las manos, y con ellas, las apedreaban, burlando y escarneciendo de ellas, como a gente que se iba del servicio del ídolo. Iban con libertad de disponer de sí a su voluntad, y con esto se daba fin a esta solemnidad.

3) DONDE SE TRATA DEL DIOS HUITZILUPUCHTLI

Fray Juan de Torquemada ²⁴

Las interpretaciones históricas que hace fray Juan de Torquemada en su Monarquía Indiana, de las fuentes que tuvo, son claro reflejo de sus propias creencias, en buena parte de raíz medieval, y de su inescapable circunstancia de franciscano español en el Nuevo Mundo. Lo que él escribió, a comienzos del siglo XVII, estuvo lejos de cualquier eclecticismo ideológico por la simple razón de que tenía firmes sus principios en la metafísica escolástica y en la teología cristiana de su tiempo. Esto, más que nada, se percibe en sus apreciaciones personales a propósito de la religión indígena.

En este punto tipifica Torquemada, de manera extrema, la postura de otros muchos de su tiempo que creyeron ver la acción del demonio en las doctrinas y ritos del hombre prehispánico. Torquemada no pierde ocasión para insistir en la necesidad de tomar en cuenta lo demoníaco, y no ya sólo al hablar de la religión indígena, sino también a propósito de otros elementos de la antigua cultura.

Aquí se incluye el capítulo XXI del libro VI de la Monarquía Indiana, donde no se ocultan los criterios que normaron el pensamiento de Torquemada, al interpretar el sentido de los materiales históricos que había reunido. En este caso trata de los que llama "embustes del demonio" en relación con el origen y nacimiento de Huitzilopochtli, numen tutelar de los aztecas.

Huitzilupochtli, dios antiguo y guiador de los mexicanos, es nombre compuesto de varios significados. Unos dicen que se compone de este nombre huitzilín, que es un pajarito muy pequeño, verde, y hermoso, que chupa flores y se mantiene de aquel sudor y humedad que despiden o engendran en sus hojas, y de otro nombre que es tlahuipochtli que quiere decir nigromántico o hechicero, que hecha fuego por la boca. Y de estos dos nombres cortados se compone Huitzilupochtli y con él se nombra este diabólico Marte indiano. Otros dicen que de huitzilín, que es

²⁴ Fray Juan de Torquemada, *Monarquía Indiana*, reproducción de la 2ª edición, Madrid, 1723, introducción de Miguel León-Portilla, 3 vols., México, Editorial Porrúa, 1969, t. II, pp. 41-42.

aquel pajarito, y opuchtli, que es mano izquierda, y así dirá todo el compuesto mano izquierda o siniestra, de pluma relumbrante, porque este ídolo traía de estas plumas ricas y resplandecientes en el molledo del brazo izquierdo. Yo tengo para mí que ambos significados le cuadran y son propios por lo que de este infernal dios diremos. Este dios, así nombrado, fue el que trajeron los mexicanos, el cual dicen que los sacó de su tierra y trajo a esta de Anáhuac donde se hicieron tan señores absolutos y poderosos y con tanto nombre como en otro tiempo los romanos lo tuvieron en el mundo, cuyo origen y principio es muy vario entre los mismos que le adoraban contando de él fábulas y mentiras como en las naciones antiguas se dijeron de Marte, dios de las batallas.

Este dios unos creían ser puro espíritu y, otros, nacido de mujer; y éstos cuentan su historia de esta manera: junto a la ciudad de Tula (que aunque ahora es pueblo pequeño, era muy grande en su paganismo y gentilidad), hay una sierra que se llama Coatépéc, que quiere decir en el cerro de la culebra. En éste hacía su morada una mujer llamada Coatlicue, que quiere decir faldellín de la culebra, la cual fue madre de muchas gentes, en especial de unos indios llamados centzunhuitznahua y una mujer cuyo nombre era Coyolxauhqui. Esta mujer, según mentira de los antiguos, era muy devota y cuidadosa en el servicio de sus dioses y, con esta devoción, se ocupaba ordinariamente en barrer y limpiar los lugares sagrados de aquella sierra. Aconteció pues, un día, que estando barriendo como acostumbraba, vio bajar por el aire una pelota pequeña hecha de plumas a manera de ovillo hecho de hilado que se le vino a las manos, la cual tomó y metió entre las nahuas o faldellín y la carne, debajo de la faja que le ceñía el cuerpo (porque siempre traen fajado este género de vestido), no imaginando ningún misterio ni fin de aquel caso. Acabó de barrer y buscó la pelota de pluma para ver de qué podría aprovecharla en servicio de sus dioses y no la halló. Quedó de esto admirada y mucho más de conocer en sí que, desde aquel punto, se había hecho preñada. Fuése a su casa con este cuidado, la barriga comenzó a crecer y ella a no poder disimular ni encubrir su preñado. Los hijos, que fiaban mucho de la virtud de su madre y creían ser muy honesta, viendo acto contrario a su opinión y previniendo la afrenta que de semejante caso podía venirles de los que la conocían, determinaron de matarla, porque con su muerte se atajase el parto y pagase la madre que creían ser adúltera. Este consejo fue de todos, en el cual la que más clamaba e incitaba era Coyolxauhqui, porque es muy propio de mujeres acriminar en otras la culpa de que ellas son notadas y quieren repentina y acelerada venganza en lo que con amor propio apetecen para sí misericordia.

Aunque es verdad que estos centzunhuitznahuas determinaron

de matar a la madre, no luego se resolvieron en darle muerte, o porque tenían el caso o porque se condolían de poner las manos y ofender las entrañas en que anduvieron, y así dilataron su ejecución y, como en todos los consejos que constan de muchos, nunca falta o quien haga traición y declare el secreto o que sea aficionado de la parte contra quien se trata, así en ésta, hubo un hijo que se lo avisó y certificó la determinación de matarla. La mujer, que no se hallaba culpada, sentía el daño y lloraba su poca defensa porque le parecía cosa grave hacerles creer, que, sin acto ni ayuntamiento de varón, pudiese haber acaecido su preñado. En medio de estas cuitas y aflicciones, dicen los que lo cuentan que oyó una voz que parecía salir de su mismo vientre y entrañas que le dijo: madre mía, no te acongojes ni recibas pena, que yo lo remediaré y te libraré con mucha gloria tuya y estimación mía.

Y a esta sazón venían todos los conjurados, vencidos de su pasión y olvidados del honor materno, a ejecutar su intento y muy armados para si hallasen alguna resistencia, oponerse a ella. Venía adelante Coyolxauhqui, su hija, como capitán y caudillo de este matricidio. Y puestos a vista de la madre, parió repentinamente, de cuyo partó nació Huitzilpuchtli, el cual traía en la mano izquierda una rodela, que llaman tehuehueli y en la derecha un dardo o vara larga de color azul y su rostro todo rayado del mismo color, en la frente un gran penacho de plumas verdes, la pierna izquierda delgada y emplumada, y pintados y rayados ambos muslos de azul, y los brazos. Esta fue la forma con que apareció en este parto y nacimiento el demonio. Hizo aparecer allí luego una forma de culebra hecha de teas (que llamaron xiuhcōatl) y mandó a un soldado, llamado Tochancalqui, que la encendiese y, con este apercibimiento, aguardaron a los enemigos que ya venían con grandes voces a dar la muerte a su madre y a todos los que se la defendiesen. Salióles al encuentro Huitzilpuchtli y, sin aguardarles razones, mandó a Tochancalqui que, con la culebra encendida, abrazase a Coyolxauhqui, como a la más culpada en el consejo y traición, lo cual hecho (de que luego murió), fue Huitzilpuchtli contra los demás y, a pocos golpes, conocieron la ventaja que les hacía y la fuerza y peso de su brazo, con lo cual le cobraron muchísimo temor y comenzaron a retirarse, sólo con intento más de defenderse que de ofender, pero no les valió ni muchos ruegos que le hicieron, pidiéndole de merced la vida, porque no hallaban remedio para salvarla. Finalmente los mató y entró en sus casas y las saqueó y hizo a su madre señora de los despojos. De este caso tan prodigioso tomaron asombro los que lo supieron y llamáronle Tetzáhuítl, que quiere decir espanto o asombro, y de aquí tomaron ocasión de recibirle por dios, por conocer que había nacido de madre y no de padre.

4) CREENCIAS DE LOS PUEBLOS NAHUAS DURANTE LA PRIMERA DE LAS TRES EDADES

Lorenzo Boturini ²⁵

Las ideas que había formulado el iniciador de la filosofía de la historia en la época moderna, el napolitano Juan Bautista Vico, sirvieron de base al milanés Lorenzo Boturini para elaborar su interpretación de la historia antigua de México. En su obra Idea de una nueva historia general de la América Septentrional Boturini distribuyó el acontecer y las creencias del mundo indígena en tres grandes edades o periodos: el de los dioses, el de los héroes y el de los hombres.

Transcribimos aquí algunas de las páginas en que el autor, haciendo aplicación del sistema que ha adoptado, ofrece sus puntos de vista sobre algunas de las doctrinas y prácticas religiosas de los antiguos mexicanos. Las frecuentes comparaciones que Boturini establece entre elementos indígenas y de otras culturas del Viejo Mundo las dirige a mostrar que el sistema que sigue en su trabajo pretende tener validez universal. Su estilo, un tanto recargado, y las hipótesis que formula, explican que, en ocasiones, su obra haya sido calificada de fantástica. Quienes así han juzgado este trabajo de Boturini, reconocen al menos los grandes méritos del estudioso milanés como compilador de una rica colección de documentos de suma importancia para la historia antigua de México.

Orden de escribir esta historia

Siguiendo la idea de la célebre división de los tiempos que enseñaron los egipcios, he repartido la Historia Indiana en tres edades. La primera, la de los Dioses; la segunda, la de los Héroes; la tercera, la de los Hombres, para bajar por grados sucesivos hasta cuando nuestros indios se hallaron constituidos en sus gobiernos humanos, y dilataron en la América sus imperios, reinos y señoríos, y por fin, conquistados por las armas españolas, se apartaron de sus antiguas idolatrías, abrazando la fe católica,

²⁵ Lorenzo Boturini Benaduci, *Idea de una Nueva Historia General de la América Septentrional* (reproducción de la edición original de Madrid, 1746), México, Imprenta de I. Escalante, 1871, pp. 55-62.

en la que viven constantes bajo el justo y suave dominio de vuestra majestad, y desta suerte determiné tratar de sus cosas en dichos tres tiempos, Divino, Heróico y Humano, que es lo mismo que el doctísimo Varrón explica en otros tres: Oscuro, Fabuloso e Histórico.

Edad primera

La Divina Providencia, arquitecta del mundo y autora de las naciones, viendo que muchísimos de los descendientes de Noé, olvidados de la verdadera religión de sus antepasados, vagaban después de la confusión de las lenguas, derramados, perdidos y esparcidos por la gran selva de la tierra, y queriendo sacarlos de aquel brutal descarrío y reducirlos a las dulzuras de la vida civil, dispuso en tiempos diversos que unos, asustados y estremecidos de los truenos y rayos del cielo; otros, admirados de su magnitud y hermosísimo cuerpo, observando en él tan varios pero regulados movimientos que (como dijo el real Profeta, manifiestan la gloria de su Criador), equivocasen la causa primera con las segundas, a quienes erradamente atribuyeron divinidad y culto, no atreviéndose en presencia de tan luminoso portento a ejercitar la Venus deshonesto y asentasen el pie, buscando en cuevas su primera morada, en las que por la innata y superior fuerza del sexo varonil, arrebataron mujeres ciertas y propias, criando hijos ciertos y conocidos que fuesen después los seminarios de las demás familias, gentes y naciones.

Y aun andando el tiempo, nuestros indios, que de ellos descienden, imaginaron diferentes naturalezas de dioses compuestas de unos cuerpos superiores a las fuerzas humanas, las que reverenciaban con sumisiones y sacrificios, en cuya ejecución atentos exploraban con señales sensibles su beneplácito, habiendo desta suerte nacido entre ellos al mismo tiempo la idolatría y adivinación, y con igual idea los latinos derivaron la palabra *divinitas a divinando*,²⁶ que es indagar, por unas señales exteriores, las cosas futuras conocidas sólo de los dioses, y pensaron fuese un hablar mudo de la misma divinidad.

Mas creyeron en esta primera edad, que todas las cosas necesarias y útiles al sustento de la vida humana eran verdaderas deidades, y por esto las demostraron con jeroglíficos divinos mentales, que son unos géneros fingidos divinos, que les enseñó el entendimiento humano por aquella natural propensión de deleitarse de lo uniforme, y porque lo que no podían hacer con la abstracción de las formas por universales, lo hacían con los retratos y semejanzas, las que iré explicando con una interpretación natural, clara y evidente, hasta el día de hoy no sabida

²⁶ *Divinitas a divinando*: Divinidad de adivinar.

y aun negada a los entendimientos indianos, huyendo no obstante del error de aquellos que sublimaron el sentido de los jeroglíficos de los gentiles hasta lo más encumbrado de las ciencias, como hicieron los griegos que ostentan a Orfeo por su fundador, rico de sabiduría, adquirida por haber sido, según ellos dicen, discípulo de Atlante, y éste de Trimegisto y Zoroaste, a los cuales se atribuyen obras de fondo metafísico, no habiendo algunos de ellos florecido sino en la sabiduría vulgar, al mismo modo que florecieron nuestros indios en las cosas particulares de la religión, matrimonios y educación de los hijos, entrando la mujer en la religión del marido, y guardando los hijos la misma de sus padres, y por fin con dar sepultura a los cadáveres la acreditaban de verdadera sabiduría de la humanidad. Por esto se dijo bellamente: *Humanitas ab humando*,²⁷ y de este acto tan piadoso y del sitio donde se hallaban colocados los sepulcros, nació el origen del dominio y de la división de los campos, asimismo la certidumbre de las familias nobles, numerando las genealogías por los sepulcros.

Y porque no quedasen las primeras cosas con descuido olvidadas, componían los indios y referían al pueblo la historia antigua con unas fábulas divinas, que separaré de las demás de otros tiempos, llamándolas a su lugar adecuado y explicándolas en el propio sentido de sus autores, que fueron poetas teólogos, y bajo del simulacro de varias deidades pretendieron historiar las cosas de la religión y costumbres de sus tiempos.

Fúndanse dichas fábulas en las mismas conveniencias de las comunes necesidades, por cuya inteligencia estos primeros gentiles imaginaron con bultos de espantosas religiones, unos dioses antes y otros después, casi como una natural generación de ellos; sirviendo, no obstante, semejante *Teogonia*, de principios y pequeñas épocas, para poder llanamente coordinar la interpretación de las cosas de este tiempo oscuro.

Vemos en la historia griega, que fue la que nos conservó lo que hay de precioso en la antigüedad, que sus gentes mayores contaron doce principales deidades; pero a mi entender, confundidas e interpoladas entre los dos tiempos, oscuro y fabuloso. Los indios al contrario, distinguen las suyas propias y particulares de esta primera Edad en número de trece, correspondiente a las *Triadecatérides*,²⁸ con que se tejen, así los caracteres de los años como los símbolos de los días, y las *neomenias*²⁹ lunares, y son las siguientes:

Tezcatlipoca, jeroglífico de la Divina Providencia, primera deidad indiana, da a entender, cómo nuestros gentiles confesaron

²⁷ *Humanitas ab humando*: Humanidad de inhumar o sepultar.

²⁸ *Triadecatérides*: grupos de trece.

²⁹ *Neomenias*: primer día de la luna.

se gobernaba el mundo por una Sabiduría Divina, que tenía su asiento en el cielo y a su cuidado todas las cosas humanas. *Vis illum providentiam dicere? rectè dices,*³⁰ concuerda Séneca *Natur, quaest. lib. 2, cap. 45. Est etenim cujus concilio huic mundo providetur ut inconcussus eat, et actus suos explicet.*³¹ Por esto agradecidos le acompañaron con *Teotlamacazqui*, jeroglífico de los sacerdotes y sabios dedicados al servicio divino, para que supiesen que habían de procurar, no sólo con la Arte divinatoria explorar siempre su agrado, sino también con las incesantes ofrendas y sacrificios tenerle propicio. Llamáronle asimismo *Ti itlacahuan*, que quiere decir *nosotros somos tus esclavos*, como que de tu Providencia vivimos. Sentido verdadero de estos tiempos divinos y severos, aunque después los mitólogos le corrompieron aplicándole la calidad de *dios Cupido*, por cuya razón los amantes en la tercera impúdica Edad con esta invocación de *Ti itlacahuan*, hacían desatinadas fiestas y sacrificios a *Tezcatlipoca* para que favoreciese sus desvariados amores, de la misma suerte que los poetas corruptos europeos tuvieron al *Cíngulo*, que encubre lo más indecente de *Venus Pronuba*, por torpe incentivo de lujuria. Corresponde a esta primera deidad indiana la de los griegos, que fue el *Cielo*, de quien su historia fabulosa nos dice que fue padre de los demás dioses, y que reinó en la tierra, habiendo dejado en ella grandes y muy señalados beneficios.

Tláloc, cuya efigie tengo en mi archivo, y de quien trae la copia en su historia del *Giro del mundo* el doctor Francisco Gemelli Carreri, tomo 6, p. 83, es jeroglífico de la segunda deidad, y casi ministro de la Divina Providencia, pues ejecutando las órdenes de *Tezcatlipoca*, enjuta ya la tierra de la inundación general y despidiendo sus naturales exhalaciones, que son la materia de los relámpagos, centellas y rayos, empezó el cielo a publicar sus enojos, de cuyo estruendo, como de una lengua divina advertidos los hombres, más dóciles se refugiaron a vivir de asiento en cuevas, no atreviéndose a usar la *Venus* deshonesta en presencia del cielo (estuviere sereno o airado), y saliendo a buscar algunas mujeres, las trajeron a sus albergues, en donde se fijaron los principios de la humana sociedad. Por cuya razón, en dicha estampa, se ve a *Tláloc* coronado con diadema de plumas, que deben ser blancas y verdes, teniendo en la mano derecha una centella y en la siniestra una rodela, hermoçada de otras muchas plumas de color celeste: en cuyos tres colores simbolizaban, en el blanco, aquellos primeros hijos que cándidos habían de nacer en la hermosura de los matrimonios; en el

³⁰ ¿Quieres llamar a esto providencia? Rectamente hablas.

³¹ Es de cuyo consejo para este mundo se provea y así incólume vaya y sus actos explique.



verde, la propagación de sus linajes; y en el celeste, el cuidado que se les encargaba de mantener pura la religión y constantes los sacrificios para con los dioses. Y en esto aludían a la Fábula de Daphne, pues viendo Apolo que esta descarriada doncella se iba prófuga de la vida social, rehusando sujetarse al imperio de un casto matrimonio, la fue siguiendo, la alcanzó y convirtió en laurel genealógico, perpetuamente verde en su cierta y conocida generación; y a la de Cyparisso, quien, divertido en la variedad de la caza, habiendo inadvertidamente muerto al ciervo que tanto amaba, fue del mismo Apolo transformado en ciprés, símbolo que acompaña el permanente verdor de las casas ilustres. Y aunque los indios de la segunda y tercera edad tuvieron a este ídolo por dios de la lluvia, no obstante, los de la primera le reverenciaron como pregonero de la Providencia, pensando que ella escribía las leyes con los rayos. . .

Macuilxochiquetzalli, tercera deidad, que tanto suena como la diosa Venus, y en lengua indiana *la del abanico de cinco flores y plumas*, es jeroglífico que da a entender que es noble y casta, por cuya razón se halla acompañada del dios *Tláloc*, quien, con los truenos y relámpagos, la sujetó a la vida nupcial, y fue causa de que los primeros gentiles, repudiando el brutal descarrío, usasen de una Venus hermosa, con ejercicio más humano y recatado; y finalmente, bajo el vínculo de aquella deidad fulminante, tuviesen entre los honestos lazos de un consorcio inseparable ciertos hijos que (según la frase indiana) fuesen las flores olorosas y las plumas finas de sus linajes. . .

5) DE LA RELIGIÓN DE LOS MEXICANOS

Francisco Javier Clavijero⁸²

Dedicó íntegramente Clavijero el libro VI de su Historia al tema de la religión en el México prehispánico. Con su claridad y hondura características expone allí lo referente a las principales creencias, formas de culto y sacrificio, así como a la serie de fiestas que, a lo largo del año, tenían lugar.

De particular interés son las secciones en que se ocupa de los dogmas de la religión prehispánica y de las figuras y atributos de algunos de sus dioses. Aquí incluimos lo que se refiere a la deidad suprema, a la vida más allá de la muerte, a las deidades de la providencia y del cielo y a Ehécatl-Quetzalcóatl.

Dogmas de su religión

Tenían los mexicanos idea aunque imperfecta de un Ser Supremo, absoluto e independiente, a quien confesaban deberle adoración, respeto y temor. No le representaban en figura alguna porque lo creían invisible, ni le llamaban con otro nombre que con el común de Dios, que en su lengua es *teotl*, más semejante aun en su significación que en su articulación al *theos* de los griegos; pero le daban varios epítetos sumamente expresivos, de la grandeza y poder que de él concebían. Llamábanle *Ipalnemoani*, *aquel por quien se vive*; y *Tloque Nahuaque*, *aquel que tiene todo en sí*; pero la noticia y el culto de este Sumo Ser se obscureció entre ellos con la muchedumbre de númenes que inventó su superstición. Creían que había un mal espíritu enemigo de los hombres a quien daban el nombre de *tlacatecolotl* (buhu racional) y decían que frecuentemente se les aparecía para hacerles daños o aterrarlos.

Por lo que mira al alma, los bárbaros otomites estaban persuadidos a que fenecía con el cuerpo; pero los mexicanos y demás naciones cultas de Anáhuac, la creían inmortal. Esta prerrogativa de la inmortalidad no la juzgaron tan propia de la alma racio-

⁸² Francisco Javier Clavijero, *Historia Antigua de México*, 4 vols., México Editorial Porrúa, 1945, t. II, pp. 62-69 y 71-74.

nal, que no la concediesen también a la de los brutos.⁸³ Tres diferentes lugares y destinos señalaban a las almas. Creían que las de los soldados que muriesen en la guerra o prisioneros en poder de sus enemigos, y las mujeres que morían de parto, iban a la casa del sol, que imaginaban Señor de la Gloria, en donde pasaban una vida deliciosa; que diariamente al salir el sol festejaban su nacimiento y le acompañaban con himnos, baile y música de instrumentos desde el oriente hasta el zenit; que allí salían a recibir las mujeres y con los mismos regocijos lo conducían hasta el occidente. Si la religión no tuviera otro destino que el de servir a la política, como neciamente pretenden muchos incrédulos de nuestro siglo, no podían aquellas naciones inventar dogma de mayor utilidad para alentar el esfuerzo de sus soldados que el que les aseguraba tan relevante premio en la muerte. Pero añadían que pasados cuatro años de aquella vida gloriosa, pasaban las almas a animar nubes y aves de hermosa pluma y de canto dulce, quedando ágiles y libres para remontarse sobre el cielo o bajar a la tierra a cantar y chupar flores.

Los tlaxcaltecas pensaban que todas las almas de los nobles, animaban después de la muerte aves bellas y canoras y cuadrúpedos generosos, y las de los plebeyos comadreas, escarabajos y otras sabandijas y animales viles. En lo cual se ve que el destino pitagórico de la metempsicosis, que tanto se ha radicado y extendido en el oriente, tuvo también su lugar en la América.⁸⁴ Las almas de los que morían ahogados o heridos de rayo, o de hidropesía, de tumores, de abcesos o de llagas, y las de los niños, o a lo menos las de aquellos que morían sacrificados en honor de Tlaloc, dios del agua, iban según decían, a un lugar fresco y ameno de la tierra que llamaban Tlalocan, residencia de dicho dios, en donde abundaban de todos los mantenimientos y regalos de la vida. En el templo tenían cierto lugar en donde creían que asistían invisibles en cierto día del año los niños sacrificados a Tlaloc. Los mixtecas estaban persuadidos a que una gran cueva que estaba en un altísimo monte de su provincia era la puerta del paraíso. Y por lo tanto los señores y principales se mandaban enterrar allí para estar más cerca de aquel lugar de placeres. Finalmente, el tercer lugar destinado para las almas de los que morían de cualquiera otra

⁸³ Lo que decimos sobre la creencia que tenían los mexicanos de la inmortalidad del alma de los brutos, se evidencia por lo que diremos exponiendo los ritos de sus funerales.

⁸⁴ ¿Quién creería que un filósofo cristiano en el siglo de las luces, y en el centro del cristianismo, había de tener osadía de imponer seriamente el rancio e improbable sistema de la metempsicosis, confinado años hace en la India Oriental? Véase la obra de impiedad intitulada *L'an deux mille six-cents quarante*. A estos excesos conduce la libertad de opinar.

enfermedad natural, era el Mictlan o Infierno que era según creían un lugar obscurísimo en que reinaban el dios Mictlan-teuctli y la diosa Mictlancihuatl. Creían según conjeturo, situado este lugar en el centro de la tierra;⁸⁵ pero no imaginaban que aquellas almas padeciesen alguna pena, sino la que acaso les ocasionaría la obscuridad de la habitación.

Tenían los mexicanos noticia, aunque alterada con fábulas, de la creación del mundo, del diluvio universal, de la confusión de las lenguas y de la dispersión de las gentes. Decían que acabados los hombres con el diluvio, no sólo se salvaron en una canoa un hombre llamado Cóccox (a quien otros dan el nombre de Teocipactli) y una mujer nombrada Xochiquetzal, los cuales habiendo tomado tierra al pie de un monte que se decía Colhuacan, tuvieron muchos hijos, pero todos nacieron mudos hasta que una paloma desde lo alto de un árbol les infundió las lenguas tan diferentes entre sí que ninguno entendía al otro.⁸⁶ Los tlaxcaltecas decían que los hombres que se salvaron del Diluvio quedaron convertidos en monos; pero poco a poco fueron recobrando el habla y la razón.⁸⁷ Entre los dioses particulares que adoraban los mexicanos, que eran muchos aunque no tantos ni con muchos como los de los romanos, 13 eran los principales o dioses mayores en cuyo honor consagraban, como veremos, el número 13. Expondré sobre éstos y los demás dioses de los mexicanos lo que tengo averiguado, deshechando las conjeturas y fantástico sistema del caballero Boturini y de otros autores.

Dioses de la providencia y del cielo

Tezcatlipoca. Este era el mayor dios que se adoraba en aquella tierra después del dios invisible o Supremo Ser de que ya hablamos. Su nombre significa espejo resplandeciente, por el que tenía su imagen. Era el Dios de la providencia, el alma del mundo, el criador del cielo y de la tierra, y el señor de todas las cosas. Creían que premiaba con muchos bienes a los justos y castigaba con enfermedades y otros males a los viciosos.

⁸⁵ El Dr. Sigüenza creyó que los mexicanos situaban el infierno en la parte septentrional de la tierra; porque para decir al norte, decían Mictlam-pa, como si dijeran hacia el infierno; pero me inclino a creer que lo situaban en el centro de la tierra; si no es que había entre los mexicanos variedad de opiniones sobre su situación.

⁸⁶ Esta noticia alterada del Diluvio Universal es la que se representa en nuestra lámina.

⁸⁷ El que quisiere saber lo que los mixtecos y otros pueblos de América decían de la creación del mundo, lea la obra de Fr. Gregorio García, dominicano, intitulada *Origen de los indios*, que omito por no importarme.

Representábanlo siempre joven para significar que jamás se envejecía ni descaecía con los años. En las esquinas y encrucijadas de las calles le tenían siempre puesto un asiento de piedra para que descansase cuando quisiera y a ninguno era lícito sentarse en él. Decían algunos que descendió del cielo por una sogá hecha de telas de araña y que persiguió y echó de la tierra a Quetzalcoatl, gran sacerdote de Tollan, que después fue consagrado dios. Su principal estatua era de una piedra negra y relumbrante, semejante al azabache, y estaba vestida de ricas galas. Tenía zarcillos de oro y plata y pendíale del labio inferior un canutillo de cristal, dentro del cual estaba una pluma verde o azul que a la primera vista parecía una piedra preciosa. Tenía atado el cabello con una cinta de oro, y por remate una oreja del mismo metal, con unos humos pintados en ella, que representaban los ruegos de los afligidos. Cerca de esta oreja le salía un gran número de garzotas; del cuello le colgaba un jójel de oro tan grande, que le cubría todo el pecho. En ambos brazos tenía brazaletes de oro, en el ombligo una esmeralda, y en la mano izquierda un mosqueador de plumas preciosas que tenían su origen en una chapa de oro tan bien bruñida que servía de espejo. A este espejo llamaban *itlachiaya* (su mirador), para dar a entender que veía cuanto pasaba en el mundo. Otras veces para significar su justicia, lo representaban sentado, con una cortina colorada en que se veían labradas calaveras y canillas de muertos; en la mano izquierda una rodela con cinco piñas de algodón y cuatro saetas y en la derecha un dardo levantado en ademán de arrojarlo; el cuerpo teñido de negro y la cabeza coronada de plumas de codornices.

Ometeuctli y por otro nombre Citlaltónac, era un dios, y Omecíhuatl o Citlalicue era una diosa que fingían habitar sobre el cielo, en una ciudad gloriosa y llena de placeres y que desde allí velaban sobre el mundo; el dios infundía a los hombres las inclinaciones que tienen y la diosa a las mujeres. Decían que esta diosa después de haber tenido varios hijos en el cielo, dio en un parto a luz un cuchillo de pedernal; de lo cual ofendidos sus hijos, arrojaron el cuchillo sobre la tierra, y al caer nacieron de él 1,600 héroes, los cuales noticiosos de su noble origen y viéndose caídos en la tierra y sin tener quien les sirviese por haber perecido los hombres en una calamidad universal, acordaron enviar una embajada a su madre suplicándole, que pues se hallaban desterrados del cielo, les diese poder para criar hombres que les sirviesen. La madre respondió por medio del gavilán, que fue el embajador que le despacharon, que si tuvieran más nobles y elevados pensamientos se harían dignos de vivir con ella eternamente en el cielo; pero puesto que querían vivir en la tierra, acudiesen a Mictlanteuctli dios del infierno y le pidiesen un hueso o cenizas de los hombres pasados, que

las rociasen con su propia sangre, y así saldrían de ellos un hombre y una mujer que después se multiplicarían; pero que se guardasen mucho de Mictlanteuctli; porque podría ser que dado el hueso se arrepintiese. En consecuencia de estas instrucciones, fue Xólotl uno de los héroes con su embajada al infierno, y habido el hueso que se deseaba, corrió inmediatamente para la superficie de la tierra. Mictlanteuctli ofendido de su conducta corrió tras él, pero no pudo alcanzarle. Tropezó Xólotl en su precipitada fuga, y cayendo se le quebró y dividió el hueso en partes desiguales; recogiólas y siguió con ellas hasta el lugar donde le esperaban sus hermanos, los cuales echaron aquellos fragmentos en un lebrillo, y en cumplimiento de la orden de su madre los bañaron con la sangre que se sacaron de varias partes del cuerpo. Al cuarto día nació un niño, y continuando por otros tres días la misma diligencia nació una niña, los cuales entregaron al mismo Xólotl para que los criase y éste los crió con leche de cardo. De este modo se hizo, según su creencia, la reparación del género humano. Decían que desde este suceso tuvo origen la práctica de todas aquellas naciones de sacarse sangre de varias partes del cuerpo, y la desigualdad de los fragmentos del hueso creían haber sido la causa de la diversidad de estatura en los hombres. Cihuacóatl (mujer culebra) o por otro nombre Quilaztli, decían haber sido la primera mujer que parió en el mundo, y que siempre paría mellizos. Teníanle por una gran diosa y creían que se aparecía muchas veces con un niño a cuestras en un cunilla.

Quetzalcoatl

Quetzalcoatl (sierpe armada de plumas). Este era entre los mexicanos y demás naciones de Anáhuac el dios del aire. Decían de él que había sido sumo sacerdote de Tollan; que era blanco, alto y corpulento, de frente ancha, ojos grandes, de cabello negro y largo, y de barba cerrada; que por su honestidad usaba de vestido talar; que era muy rico, y tanto, que poseía palacios de plata y piedras preciosas; que era muy hábil y que a él se debía el arte de fundir los metales y de labrar las piedras preciosas; que era muy prudente como lo mostró en las leyes y reglamentos que dejó a los hombres, y sobre todo que era un hombre de vida muy austera y ejemplar; que cuando quería publicar una ley u ordenanza en el reino, hacía subir al pregonero a un monte nombrado Tzatzitepec (monte de clamores) cercano a la ciudad de Tollan, y su voz era oída a distancia de más de cien leguas; que en su tiempo se criaba el maíz tan grande y tan abundante, que cada mazorca era la carga correspondiente a las fuerzas de un hombre; que las calabazas eran de la longitud de un cuerpo humano; que no era necesario teñir el

algodón, porque naturalmente se daba de todos colores; que a esa proporción era la abundancia y grandeza de los demás frutos y semillas; que había entonces una multitud increíble de aves canoras y de hermosa pluma; que todos sus súbditos eran ricos.

En una palabra, fingían los mexicanos tan feliz el sumo pontificado de Quetzalcoatl, como los griegos y romanos el reinado de Saturno, al cual se pareció también en la desgracia del destierro; porque hallándose en esta prosperidad en Tollan, Tlatlahcua o Tezcatlipoca (que son dos nombres de un mismo dios), queriendo echarle por no sé qué motivo de aquella tierra, se le apareció en figura de un hombre viejo y le dijo que era voluntad de los dioses que se fuese al reino de Tlapallan, y juntamente le dio una bebida que tomó Quetzalcoatl con mucho gusto creyendo conseguir con ella la inmortalidad a que aspiraba; pero apenas la tomó, cuando se sintió tan movido al viaje de Tlapallan, que inmediatamente se puso en camino acompañado de muchos hombres afectos a su persona, que por todas partes le iban festejando con música. Decían que cerca de la ciudad de Quauhtitlan apedreó un árbol y cuantas piedras tiró las clavó en su tronco, y que dos leguas de allí, cerca de Tlalnepantla estampó su mano en una piedra, la cual mostraban los mexicanos a los españoles después de la conquista. Llegado a Cholollan le detuvieron los de aquella ciudad y le encomendaron el gobierno de ella. Además de su honestidad y de la suavidad de su trato, contribuyó a la aceptación que allí tuvo, la aversión que mostraba a todo género de crueldad y de guerra en tanto grado, que cuando oía hablar de esa materia volvía la cara a otra parte para manifestar su disgusto. A él según decían, debieron los chololtecas el arte de la platería en que tanto sobresalieron después, las leyes con que en adelante se gobernaron y los ritos y ceremonias de su religión, y según algunos creyeron, la ordenación de los tiempos y el calendario. Después de haber estado 20 años en aquella ciudad, resolvió continuar su viaje al imaginario reino de Tlapallan, llevando consigo cuatro jóvenes principales y virtuosos. Desde la provincia marítima de Coatzacoalco los despidió encargándoles que dijese a los chololtecas que tuviesen por cierto que volvería algún día a consolarlos y gobernarlos. A estos jóvenes encargaron luego los chololtecas el gobierno de aquella ciudad por respeto a su venerado Quetzalcoatl, del cual unos dicen que se desapareció y otros que murió en la misma costa.

Quetzalcoatl fue consagrado dios por los chololtecas y constituido principal protector de su ciudad. Erigieronle en el monte artificial que aun subsiste, un magnífico templo, y otro monte y templo se le erigió después en Tollan. Extendióse su culto por todas aquellas naciones, que lo veneraban como a dios del



aire. Tenía templos en México y en otros muchos lugares; varias naciones aun de las enemigas de los chololtecas mantenían templo y sacerdotes consagrados a su culto en la misma ciudad de Cholollan, y de todas partes iban en romerías a aquella ciudad a cumplir sus votos. Los chololtecas conservaban con mucha veneración ciertas piedras verdes bien labradas que decían haber sido suyas. Los de Yucatán se gloriaban de que sus señores descendían de Quetzalcoatl. Las mujeres estériles se encomendaban a él para obtener fecundidad. Decían que barría el camino al dios del agua; porque frecuentemente precede el viento a la lluvia. Eran grandes las fiestas que se le hacían, especialmente en Cholollan en el *teoxihuitl* o año divino, a las cuales precedía un riguroso ayuno y penitencia de 80 días, que practicaban los sacerdotes consagrados a su culto.

6) INTERPRETACIÓN MATERIALISTA DEL PENSAMIENTO NÁHUATL

Alfredo Chavero ³⁸

Un nuevo intento de acercarse al pensamiento de los mexicanos prehispánicos lo encontramos en la Historia Antigua y de la Conquista de Alfredo Chavero (1887).

La tesis que aquí sostiene Chavero es que en el pensamiento náhuatl prevaleció una especie de concepción materialista basada en la eternidad de la materia. Como no es nuestro propósito emitir juicios de valor en esta antología, transcribimos únicamente las páginas en que Chavero expone su punto de vista.

La filosofía de los pueblos primitivos se encierra en su religión: al tratar de la una hay que hablar de la otra, pues son dos materias tan íntimamente ligadas, que puede decirse que son una sola. Comprenderlas es conocer el espíritu de la raza, lo que explica entonces lógicamente su desenvolvimiento histórico.

Bastante nos indica la teogonía nahoa a este respecto; y sin embargo, escritores de mucha nota se han extraviado por querer atribuir a la raza náhuatl todas las posibles perfecciones. Así no dudan en afirmar que las primeras tribus, los mismos tolteca, fueron deístas. Pero su cosmogonía nos dice lo contrario. Comprendieron un ser creador, el *Ometecuhtli*; pero ese creador era el elemento material fuego, y la creación se producía por el hecho material del *omeycualiztli*. El ser creador era el eterno, el *Ayamictlán*; pero lo imperecedero continuaba siendo la materia fuego. Los dioses son los cuatro seres materiales: los cuatro astros, *Tonacatecuhtli*, *Tonacacihuatl*, *Quetzalcoatl* y *Tezcatlipoca*. Deificaron las lluvias en *Tlaloc* y los mares en *Chalchiuhtlicue*; pero esas deidades eran también dos seres materiales. Para explicarse la aparición del hombre, recurrieron a la acción material del fuego sobre la tierra, al matrimonio simbólico de *Tonacatecuhtli* y *Tonacacihuatl*. Jamás se percibe siquiera la idea de un ser espiritual. Los nahoas no fueron deístas, ni puede decirse que su filosofía fue el panteísmo asiático; fue tan sólo el materialismo basado en la eternidad de la materia. Su religión

³⁸ Alfredo Chavero *Historia Antigua y de la Conquista* (Vol. I, *México a Través de los Siglos*), México y Barcelona s.f. (1887), pp. 105-107.

fue el sabeismo de cuatro astros; y, como su filosofía, era también materialista.

Pero debemos penetrar más en la cuestión y estudiar sus ideas respecto de la unidad hombre. En esto igualmente encontramos extraviados a los escritores, como en todo lo que a nuestras antigüedades se relaciona: los unos niegan todo estado de progreso, a pesar de los datos fehacientes que lo testifican; los otros suponen que los nahoas alcanzaron un adelanto incompatible con el medio social en que vivieron.

Es fortuna que tengamos un dato precioso é indiscutible para resolver la cuestión: las mansiones de los muertos. Estas mansiones eran cuatro: el *Chichihuacuauhco*, el *Mictlan*, el *Tlalócan* y el *Ilhuicatl-Tonatiuh*.

La primera mansión era el *Chichihuacuauhco*. Allí iban los niños muertos, y en ese lugar, como lo significa su nombre, había un árbol de cuyas ramas goteaba leche con que los niños se alimentaban. Decían que esos niños volverían al mundo para poblarlo cuando se destruyese la raza que habitaba la tierra. La idea es poética y más que poética tierna; pero no es espiritualista. En el espiritismo moderno las almas son las que vuelven; mas en las creencias nahoas los niños estaban materialmente en el *Chichihuacuauhco*, vivían y se alimentaban materialmente, y materialmente tenían que tornar á la tierra para repoblarla.

Para llegar á la segunda mansión llamada *Mictlan*, en que reinaban *Mictlantecuhli* y *Mictlancihuatl*; tenían que hacer los muertos un largo viaje. Lo explicaremos siguiendo el orden de la pintura jeroglífica. El muerto había de pasar primeramente el río llamado *Apanohuaya*. Necesitaba, para atravesarlo, del auxilio de un perrillo, *techichi*. Para esto hacían llevar al difunto un perrito de pelo bermejo al que ponían al pescuezo un hilo flojo de algodón. Contaban que cuando el difunto llegaba a la orilla del *Apanohuaya*, si el perro lo conocía por su amo lo pasaba a costas nadando, y que por eso los naturales criaban a este efecto dichos perrillos; lo que hacían con los de color bermejo, pues los de pelo blanco ó negro no pasaban el río, porque el de pelo blanco decía: *yo me lavé*, y el de pelo negro: *estoy manchado*. Esta leyenda popular acredita su origen nahoá, pues en México había sólo el perro *itzcuintli*, y el *techichi* es el precioso perrillo con pelo, de nuestra frontera, conocido por de Chihuahua. Después del *Apanohuaya*, el difunto, despojado ya de toda vestidura, cruzaba por entre dos montañas que constantemente estaban chocando la una con la otra, y que se llamaban *Tépetl Monamictia*. De ahí seguía por un cerro erizado de pedernales, *Itztépetl*. A continuación atravesaba los ocho collados en que siempre está cayendo nieve, *Cehuacáyan*, y los ocho páramos en que los vientos cortan como navajas, *Itzehe-*

cáyan. Tomaba luego un sendero en que lo asaeteaban, por lo que se nombraba *Temiminalóyan*. Encontrábase después con un tigre que le comía el corazón, *Teocoyleualóyan*, y ya sin él, caía en el *Apanohuaya*, en cuya agua negra estaba la lagartija *Xochitónal*. Entonces había terminado su viaje el muerto, y se presentaba a *Mictlantecuhtli* en el lugar llamado *Izmictlanapochcalocca*, ó según dice Sahagún, *Chicunahuimictla*, en donde se acababan y fenecían los difuntos. En algunas tradiciones, para llegar a este último lugar, había que atravesar aún los nueve ríos llamados *Chicunahuápan*.

Basta poner atención en el relato de este viaje para percibir que no se trata del alma sino de una ficción en que el mismo cuerpo difunto hacía el camino misterioso, para lo cual se salía de su sepulcro a los cuatro años de estar enterrado. Nótese que la última estación del viaje es el *Izmictlanapochcalocca* en que estaba la lagartija *Xochitónal*. La lagartija es símbolo de la tierra, y *Xochitonal* el último día del año, lo que unido al significado del nombre de la mansión, manifiesta expresivamente que el cadáver, al cabo de tal plazo, llegaba al último día de esa vida ficticia y se convertía en polvo de la tierra. Por esto dice Sahagún que en el *Mictlan* se acababan y fenecían los difuntos, pereciendo para siempre en la casa de las tinieblas y oscuridad.

Por más que queramos idealizar a la raza *nahoa*, tenemos que convenir en que el camino de los muertos y su fenecimiento en el *Mictlan* revelan un claro materialismo.

Al *Mictlan* iban los que morían de enfermedad natural, fueran señores ó maceguals, sin distinción de rangos ni riquezas. Los *nahoa*s no reservaban premio ni castigo a las almas; y esto, y tomar en cuenta para lugar de destino en la otra vida la clase de muerte, provenía de que para ellos no era libre el albedrío, pues tantas influencias y agüeros ejercían su poder sobre el hombre, que verdaderamente quedaba irresponsable. Por eso el sacerdote, disculpando al pecador, dice en una de las oraciones que hasta nosotros han llegado: *no pecó con libertad entera del libre albedrío, porque fué ayudado é inclinado de la condición natural del signo en que nació*.

No habiendo, pues, otro origen para el destino después de la vida que la clase de muerte, escogieron otro lugar distinto del *Mictlan* para los que morían de rayos, ahogados en agua, los leprosos y bubosos, sarnosos, gotosos é hidrópicos: este lugar era el *Tlalócan*, la mansión de la luna. A los que de tales enfermedades morían no los quemaban, sino los enterraban. Figurábanse los *nahoa*s el *Tlalócan* un lugar de regalo y de contento, fresco y ameno, en el que siempre reverdecían las ramas ostentando copiosos frutos; idea muy propia del lugar en que residía el dios de las aguas: y como los muertos de las enfermedades ó accidentes citados eran víctimas propicias a *Tlaloc*, por

eso iban a residir al *Tlalócan*. Si el *Mictlan* aparece como un lugar de aniquilamiento y destrucción, en esta nueva mansión se percibe una segunda vida, aunque material, sin que se asegure que era eterna.

La tercera mansión adonde iban los difuntos era el cielo donde vive el sol. Allí no se tenía cuenta con noche ni con día, ni con años, ni con tiempos; el gozo no tenía fin y las flores nunca se marchitaban. A este lugar iban los que morían en la guerra y los cautivos que morían en poder de sus enemigos. Decían que estaban en una hermosa llanura, y que todas las veces que salía el sol daban muchas voces golpeando en sus escudos; y el que tenía el escudo pasado de saetas, veía el sol por los agujeros de él. Ya parece que se vislumbra la inmortalidad en esta mansión; pero agrega la leyenda que a los cuatro años se convertían las almas en diversos géneros de aves de pluma rica y de color, y andaban chupando todas las flores, así en el cielo como en este mundo. Vuelve el materialismo y desaparece la inmortalidad.

Por más que quisiéramos sostener que los nahoas habían alcanzado una gran filosofía, que eran deístas y que profesaban la inmortalidad del alma, lo que también creíamos antes, tenemos sin embargo que confesar que su civilización, consecuente con el medio social en que se desarrollaba, no alcanzó a tales alturas. Sus dioses eran materiales; el fuego eterno era la materia eterna; los hombres eran hijos y habían sido creados por su padre el sol y por su madre la tierra; el fatalismo era la filosofía de la vida; y sin premios ni penas para una segunda existencia, reducíase ésta a un periodo de cuatro años, que no podía ser la inmortalidad del alma.

7) QUETZALCÓATL

Eduard Selser ³⁹

De los muchos trabajos que, acerca de las culturas prehispánicas de México, publicó el investigador alemán Eduard Selser, citamos aquí algunas páginas de su Comentario al Códice Borgia. Precisamente en el capítulo II de ese trabajo describe Selser los veinte signos de los días del calendario y sus correspondientes deidades.

Al tratar del segundo de estos signos, aquel que lleva el nombre de Ehécatl, Viento, establece la relación que guarda esta deidad con Quetzalcóatl. A continuación presenta, en forma de síntesis, un conjunto de datos provenientes de distintas fuentes con miras a reconstruir el mito y la historia en torno de la deidad y héroe cultural Quetzalcóatl.

El nombre de Quetzalcóatl se compone de *quetzalli*, vocablo que designa las preciosas plumas de cola, de un color verde brillante, del ave quetzal, perteneciente a las aves trepadoras (*trogonidae*), y de *cóatl*, “serpiente”. Con toda probabilidad ambas voces fueron originalmente, como el ser mítico llamado *quetzalcóatl*, símbolos del agua o de la humedad producida por la lluvia que vuelve a despertar la vegetación después de la larga estación de sequía. Los sabios-sacerdotes chiapanecos explicaban el nombre Cuchul chan como “la serpiente emplumada que anda en el agua” ⁴⁰ y decían que era el patrono del séptimo signo. Esto significa que identificaban la serpiente emplumada con el dios de la lluvia, Tláloc, según veremos en seguida. También el K’ucumatz del mito guatemalteco tiene sin duda el significado del principio vivo del agua. *U c’ux cho u c’ux palo*, “corazón del lago, corazón del agua” lo llama el *Popol Vuh*. *Xa pa ya xu col vi ri*, “en el agua es su ámbito de acción” dicen de él los *Anales de los cakchiqueles*. Sahagún ⁴¹ refiere que las ceremonias de sacrificios celebradas por los mexicanos al principio del año

³⁹ Eduard Selser, *Comentarios al Códice Borgia*, 2 vols., México, Fondo de Cultura Económica, 1963, vol. I, pp. 68-72.

⁴⁰ Fray Francisco Núñez de la Vega: *Constituciones diocesanas del Obispado de Chiappa*. Roma, 1702, t. II, p. 132.

⁴¹ Sahagún, Libro 2, Cap. 1.

estaban consagradas, según diversos informantes, a los Tlaloques, los dioses de la lluvia, a Chalchiuhtlicue, diosa del agua o bien al sumo sacerdote y dios del viento Quetzalcóatl. En el Códice Borbónico la sexta fiesta del año, Etzalcualiztli, gran fiesta en honor de los dioses de la lluvia, está representada por la imagen de Quetzalcóatl y su gemelo Xólotl. Todo ello parece expresar una misma concepción fundamental de este numen. Sin embargo, no deja de sorprendernos que en la tradición mexicana —mexicana en el sentido estricto de la palabra— el dios se designe en todas partes como Ehécatl, dios del viento.

Creo que estamos ante el resultado de una especulación sacerdotal, hasta cierto punto parecida a la doctrina filosófica atribuida a Tales de Mileto. En vista de la fuerza fecundante del agua, manifiesta en su influencia sobre la vegetación, se creía que la deidad que representaba este elemento era el Señor de la vida en general, el dios creador. Y parece que a consecuencia de la equiparación de “vida, soplo, aliento” y de “aliento, soplo” y “viento”, el viento llegó a considerarse como la acción específica del numen. Se suponía en realidad que Quetzalcóatl tenía, como Tonacateuhli, función de dios creador: lo podemos inferir de las palabras, citadas por mí en pasaje anterior, que los deudos pronunciaban después del feliz nacimiento de un niño. “...habéis sido formado en el lugar más alto, donde habitan los dos supremos dioses, que es sobre los nueve Cielos. Os han hecho de vaciadizo, como una cuenta de oro, os han agujereado como una piedra preciosa muy rica y muy labrada vuestra madre y vuestro padre, el gran Señor y la gran Señora (es decir, Omeçihuatl y Ometecuhtli) y juntamente con ellos Topiltzin Quetzalcóatl.”

Un pasaje de Sahagún, del Códice Matritense, de la Real Academia de la Historia, dice exactamente lo mismo:

*oca yvini in quitoaia in totavan in toculhuan
auh ñnic quitoaya tech (ch) iuh, techyocux, tech (ch) ihua,
tiilayocuyalvan in topiltzin in quetzalcóatl.
auh quiyócux in ilhuícatl in tonatiuh in tlaltecuhtli.*

así decían nuestros padres, nuestros abuelos,
decían que así nos creó, nos formó,
aquel de quien somos sus criaturas, Topiltzin Quetzalcóatl,
y creó el Cielo, el Sol y el Señor de la Tierra.

Según los *Anales de Cuauhtitlán*, Quetzalcóatl creó a los hombres en el día *Chicome ehécatl*, 7-Viento. También en la historia de la creación referida en el *Popol Vuh*, el libro de leyendas de los quichés, el agente activo es en primer lugar Tepeu K'ucumatz, “el señor Quetzalcóatl”. Es natural, pues, que en

una imagen del *Códice Vaticano* Tonacatecuhtli, dios creador, regente del primer signo de los días, aparezca con el aderezo de Quetzalcóatl, con el gorro bicolor de forma cónica, propio de él, y con su tocado de plumas en forma de abanico en la nuca.

Sin embargo, es posible que la constante designación de Quetzalcóatl como dios del viento admita otra explicación, o, para expresarnos más exacta y cautamente, se base en otra concepción. Si bien es muy seguro que Quetzalcóatl cômpite como dios creador con la pareja de dioses primordiales, no es menos seguro que no es sino su hijo, que jamás aparece él mismo como dios primordial. No cabe duda de que hay que interpretar aquella pareja como Cielo y Tierra. El dios primordial es el Cielo que cubre la tierra y que la fecunda con sus rayos y con la lluvia; la Tierra, extendida abajo, recibe de él los gérmenes. El hijo de ambos es naturalmente lo que se encuentra entre ambos: el aire y todos los seres que pueblan las diversas esferas —también existentes en el mito mexicano— entre Cielo y Tierra. De uno de los mitos, por lo menos, se infiere con toda claridad que Quetzalcóatl se concebía como dios del aire: es el mito de la erección del Cielo por Quetzalcóatl y Tezcatlipoca, referido en la *Historia de los mexicanos por sus pinturas*. También en los mitos de otros pueblos, el dios del aire es quien levanta el Cielo y lo separa de la Tierra. Entre los egipcios, por ejemplo, es Schu el que separa el Cielo, imaginado como ser femenino, o sea como la diosa Nut, de Keb, su esposo, el dios verde de la tierra, y la sostiene por encima de él. El papel de portador del Cielo que desempeña Quetzalcóatl en uno de los siguientes pasajes de nuestro *Códice*, está seguramente relacionado con esta concepción.

Según el mito, Quetzalcóatl nace partenogenéticamente de la doncella Chimalman, que quedó encinta al tragarse una piedra preciosa verde (*chalchihuitl*). Así, el dios pertenece al grupo de Huitzilopochtli y otros númenes emparentados con él, dados a luz por la joven diosa —es decir, nacidos en la región del Este, región del Sol joven— que, saliendo armados del seno de su madre y ahuyentando al ejército de sus hermanos enemigos, simbolizan el Sol joven que sale en el cielo oriental y, que apenas salido, brilla ya con todo su esplendor. La madre de Huitzilopochtli quedó encinta al tragarse un ovillo de plumas, *ihuitelolotli*. Esto significa que en la figura de este dios se funde una deidad del Cielo y de la muerte del guerrero, un antepasado deificado —uno de aquellos que después de grandes hazañas cayeron en manos de sus enemigos y dejaron su vida en la piedra de los sacrificios—, con el numen del Sol que sale. A Quetzalcóatl lo concibió su madre al tragarse un *chalchihuitl*. Esto se entiende, sin más, cuando tenemos presente que el *chalchihuitl* es símbolo del corazón y de la vida; en mi opinión, sin embargo,

hace ver, al mismo tiempo, que en la figura de Quetzalcóatl se amalgama el dios del Sol naciente con una deidad de la lluvia y del agua, cuyo símbolo era precisamente el *chalchihuitl* en primer lugar.

Otra particularidad de Quetzalcóatl es su condición de sacerdote y el hecho de que se le atribuyó el invento y la concienzuda ejecución de los ejercicios de penitencia y de autosacrificio, de las extracciones de sangre y del sacrificio de la propia sangre, un tipo de ceremonias rituales celebradas entre las tribus de México y Centroamérica con mayor frecuencia y regularidad. Esto está en relación con su papel como Señor y rey de los toltecas, puesto que se suponía que los toltecas fueron los inventores de todo lo que era civilización y cultura y, por lo tanto, también del culto y el sacerdocio. Podríase conjeturar, asimismo —y es lo que yo creía antes—, que, siendo Quetzalcóatl el dios del aire y el hijo primogénito de la pareja de deidades primordiales, era por este hecho el natural mediador entre dioses y hombres. Sin embargo, es probablemente lo más sencillo y verosímil suponer que en la extraña figura de este numen el dios de la lluvia se fundía con el “mago de la lluvia”, que mediante sus oraciones y ejercicios devotos aseguraba a su pueblo la lluvia necesaria para el desarrollo de las siembras. Es posible que haya sido posterior la interpretación que estableció un nexo entre estas concepciones y el aspecto de Quetzalcóatl como dios del viento: se consideraba al dios del viento precursor y “barrendero de caminos” del dios de la lluvia (*ynteyacancauh*, *yntlachpancauh yn tlaloque*, *yn avaque*, *yn quiquiyauhti*). Escribe Sahagún⁴² que a la estación de las lluvias le precedían fuertes vientos y tolvaneras y que por esto se decía que Quetzalcóatl, dios del viento, “barría los caminos a los dioses de las lluvias, para que viniesen a llover”.

No es sino consecuencia de su condición sacerdotal el que Quetzalcóatl se considerara también como adivino, mago, sabio y, sobre todo, como inventor de ese calendario que es el Tonalámatl, y que se le identificara con el lucero del alba, el astro observado preferentemente por los sabios-sacerdotes mexicanos y centroamericanos, cuyos periodos, según ya lo dijimos, influyeron con toda probabilidad en la estructuración del Tonalámatl.

Para terminar, cabe afirmar lo siguiente: en ningún otro dios se nota con tanta claridad como en Quetzalcóatl que las religiones mexicanas y centroamericanas, aparentemente basadas en un caótico y salvaje politeísmo, descansan en una concepción más pura y más parecida a la nuestra, manifiesta sin duda

⁴² Sahagún, Libro I, Cap. 5.

alguna en los pasajes citados, según los cuales Quetzalcóatl, identificado con Tonacatecuhtli, era venerado como dios creador.

Pero tenemos, además, otras pruebas más palpables. Sabemos que Quetzalcóatl, cuando se había derrumbado su reino, cuando a él mismo los ardides de los magos lo habían hundido en la culpa y el pecado, abandonó con su pueblo la ciudad de Tollan, donde había habitado hasta entonces, y caminó *tonatiuh iixco*, “hacia delante del rostro del Sol”, lo que quiere decir, hacia el Este. Luego, llegado al Tlillan Tlapallan, “la tierra de la pintura negra y la pintura roja” (es decir, al país de la escritura), al Tlatlayan, “lugar de la quema” —paraje que se supone idéntico a la región de Coatzacoalcos, colindante con Tabasco—, subió a la pira y se quemó o, según otras tradiciones, desapareció en el mar del Este. Pero se decía que antes de su muerte o su desaparición vaticinó que volvería y asumiría de nuevo el gobierno de su reino. Ahora bien, cuando Cortés surgió del mar del Este con sus compañeros de rostros de color de cal, de pelo amarillo, *ixtetenextique*, *tzoncoztique*, y con el rayo y el trueno en las manos, los mexicanos estaban convencidos de que su dios Quetzalcóatl había regresado, y Motecuhzoma le mandó como obsequio “el traje que le correspondía”.⁴³ Pero ese “traje que le correspondía” no sólo era el típico aderezo de Quetzalcóatl, tal como lo conocemos en los manuscritos pictográficos y en las esculturas en piedra, y como lo vamos a describir a continuación: le mandó cuatro trajes distintos, los aderezos de las deidades regentes de los cuatro puntos cardinales fundidas en la persona de Quetzalcóatl. Primero el atavío de este numen —la máscara de serpiente hecha de turquesas, *xiuhcouaxayácatl*, el penacho verde de plumas de quetzal, *quetzalapanecáyotl*, el lanzadardos de turquesa en forma de serpiente, *xiuhátlatl*—, un atavío que es en realidad del dios del fuego; como segundo obsequio el traje de Tezcatlipoca, como tercero el de Tláloc, dios de la lluvia y como cuarto el de Quetzalcóatl, dios del viento. Se creía, pues, que una sola deidad, Quetzalcóatl, comprendía a cuatro diferentes dioses: Xiuhtecuhtli, numen del fuego, Tezcatlipoca, Tláloc y Quetzalcóatl, numen del viento.

Estos cuatro trajes, o más bien, estos cuatro dioses, que representaban para los mexicanos los cuatro aspectos de una sola deidad, Quetzalcóatl, figuran en la lámina 89 del Códice Magliabechi XIII, 3, ese interesante manuscrito pictográfico de la Biblioteca Nacional de Florencia, editado recientemente, en reproducción fotocromográfica, por el Duque de Loubat. De por sí y como ilustración del mencionado texto histórico, es una lámina de extraordinaria importancia.

⁴³ Sahagún, Libro 12, Cap. 4.

También es interesante que el Quetzalcóatl de las leyendas de Tollan aparezca en las representaciones posteriores, por ejemplo en el Códice Vaticano 3738, exactamente como el dios del viento de los códices y con los atributos que describiré a continuación, pero que según el texto antiguo de los *Anales de Cuauhtitlán* lleve la máscara de serpiente hecha de turquesas, *xihcōuaxayácatl*, y el penacho de plumas de quetzal, *quetzalanēcāyōtl*, es decir, el atavío del dios del fuego.

*Ye ypan yn xihuitl ce ácatl,
motenehua mitoa
yn ycuac oazito
teoapan yluicaatenco
niman móquetz chócac,
cōncuic yn itlatqui mochichiuh,
yn yāpanecayouh,
yn ixihxáyac.
Auh yn icuac omocencauh,
niman yc ynomatca,
motlati motlecahui.
Yc motocayotia yn Tlatlayan,
yn ompa motlatito yn Quetzalcóatl.*

En el año 1-Caña,
se refiere, se dice
que cuando hubo llegado
a la orilla del agua inmensa, del agua
entonces se puso a llorar. [celeste
Tomó sus vestiduras para ataviarse,
su penacho de plumas de quetzal,
su máscara de turquesa.
Estando ya dispuesto,
entonces, voluntariamente,
se quemó, se puso fuego a sí mismo.
Por esto se llamó el quemadero,
el lugar donde se quemó Quetzalcóatl.

Sus cenizas se dispersan y se convierten en varias aves de plumaje brillante, pero su corazón se transforma en el lucero del alba.

En los códices y los monumentos Quetzalcóatl se representa ya con rasgos humanos, ya con la extraña parte bucal prominente, a manera de pico o trompa, que probablemente simboliza el soplar del viento. Esta última forma de representar el numen me parece un desarrollo tardío, como todo su aspecto de dios del viento. Por otra parte, si podemos creer a Durán, el célebre ídolo de Cholula estaba provisto de esa como máscara de pico de ave, y es seguro que la gran mayoría de las pequeñas efigies figulinas de Quetzalcóatl, lo representen en esta forma.

El cuerpo del numen es negro. Su rostro, sea el de facciones humanas o el de aquella máscara, está pintado de dos colores: la mitad anterior, es decir, la parte central, es amarilla; la mitad posterior, o sea la zona de las sienes y la parte posterior de las mejillas, es negra. El límite entre ambos colores lo forma una raya negra, que baja desde el borde superior de la frente, pasa sobre el ojo y llega hasta la barbilla. La parte alrededor de la boca, los labios y el mentón, así como el gran pico, que lo caracteriza como dios del viento, son rojos. Por regla general, el nacimiento del pico rojo está rodeado de una barba de mechadas separadas, que tiene el aspecto del plumaje en torno al nacimiento de un pico de ave. Pero también en los casos en que el dios

aparece con facciones humanas, es frecuente que muestre una barba larga en torno a la boca y mentón.

En el aderezo del dios se destacan en primer lugar el gorro cónico *copilli*, que ostenta el dibujo de la piel de jaguar *ocelocopilli*, o que está dividido verticalmente en una parte oscura (negra o azul) y otra clara (roja) con un ojo en medio. Cuando falta el gorro cónico, lo sustituye por lo general un ojo grande en torno al cual hay una superficie oscura guarnecida de ojos más pequeños, probablemente un símbolo de la noche o del cielo oscuro. Lo encontraremos en forma parecida en Tláloc, dios de la lluvia, en Xólotl y en Xochipilli. A menudo ciñe la cabellera por debajo del gorro una correa roja, adornada de discos de piedra preciosa, que lleva en la delantera una estilizada cabeza de pájaro. En el Códice Borgia la correa está decorada, de manera muy especial, con grecas escalonadas o rayas negras sobre un fondo blanco. Este tipo de correa alrededor de la cabeza lo encontramos exclusivamente en Quetzalcóatl. Es obvio que sirve, como otros elementos de su aderezo, para caracterizar el movimiento remolineante del viento. En otras imágenes se ve, en lugar de la correa, un lazo de extremos redondeados, anudado con artificio y ornado por regla general con uno o dos grandes discos de piedra preciosa o con el jeroglífico *chalchihuitl*. En la lámina 62 de nuestro Códice dos serpientes entrelazadas se enroscan en torno de la cabellera.

Sin excepción alguna, los códices dibujan en la nuca del dios, unido con el gorro cónico, un penacho en forma de abanico, compuesto de plumas negras, entre las cuales se destacan unas cuantas plumas rojas, distribuidas radialmente. En el capítulo del manuscrito de Sahagún dedicado a los atavíos de los dioses este penacho figura bajo el nombre de *cuezaluitóncatl*, “ala de pluma de arará”. En la descripción del traje del dios del viento obsequiado a Cortés por Motecuhzoma,⁴⁴ en cambio, es designado como *coxoliyo huei itépol*, “su gran capa hecha de plumas de gallo silvestre”, y el texto español lo describe como “una capilla grande hecha de plumas de cuervo”.

Los pendientes, torcidos a manera de gancho y de color blanco, dibujados generalmente con mucha claridad, son otro de los elementos típicos del atavío de Quetzalcóatl. En el capítulo de Sahagún sobre los trajes de los dioses se designan como *tzicohliuhqui teocuitlatl in inacoch*, “sus orejeras de oro, torcidas en espiral”, en la descripción del traje obsequiado a Cortés por Motecuhzoma como *teocuitla-epcololli*, “la joya de oro en forma de espiral, labrada de concha”. El texto español lo describe con las palabras “un garabato de oro que llamaban *ecacózcatl*”. No menos típico es el collar de caracoles *teocuitla-acuech-cózcatl*, y

⁴⁴ Sahagún, Libro 12, Cap. 4.

el adorno labrado de un caracol grande que el dios lleva sobre el pecho y que se denomina en el capítulo de Sahagún, ya varias veces mencionado, sobre los atavíos de los dioses, *hecaillacatzcócatl*, “joya de espiral del viento”.

Falta hablar de algunos otros detalles del atavío de Quetzalcóatl: de los extremos redondeados del taparrabo, pintado por regla general de dos colores: castaño (del color de la piel de jaguar) y blanco o, con menor frecuencia, rojo y blanco; del báculo en la mano de la deidad (¿no será en realidad un lanzadardos?), enroscado en uno de sus extremos y pintado con “pintura de estrellas”, *cicitlallo*, es decir, con círculos blancos sobre fondo negro, báculo llamado *ecahuicli* o *chicoacolli*; de los instrumentos de autosacrificio, el punzón de hueso, *ómitl*, y la espina de maguey, *huitztli*, que suelen estar clavados en la venda en torno a la cabeza del dios, pero que a veces aparecen en su mano, y que en una flor o un sartal de plumas y flores simbolizan la sangre que gotea de ellos.

Estos detalles del atavío de Quetzalcóatl se explican en parte teniendo presente el hecho de que como dios del viento le correspondía lo redondo, lo torcido o lo enrollado a manera de espiral, y como sacerdote debía estar provisto de los instrumentos sacerdotales. Es sabido que también los templos consagrados a este numen eran redondos. Y se le llevaban como ofrenda frutas redondas, melones, según indica el intérprete del Códice de la Biblioteca Nacional de Florencia (Códice Magliabechi XIII, 3). Pero principalmente se explican los diversos detalles de su aderezo por su procedencia de cierta región. El gorro cónico, *ocelocopilli*, el penacho en forma de abanico que lleva en la nuca, *coxoliyo huet itépol*, y la orejera torcida labrada en concha, *epcololli*, son sin duda alguna adornos huastecos. En realidad, el concepto de Quetzalcóatl nació en la Huasteca, y de allá su culto pasaba a las otras tribus —aunque tal vez sería más correcto decir que nació en las cuevas colindantes con la Huasteca y habitadas por tribus nahuas, región donde se rendía un amplio culto a los númenes del pulque, como veremos más adelante. Pero es posible que el carácter huasteco de las prendas de Quetzalcóatl tenga otra razón. Quetzalcóatl era considerado como Señor y príncipe de los más antiguos moradores del país, es decir, según la concepción mexicana, como Señor y príncipe de los primeros inmigrantes. Y se creía, según determinada tradición reproducida en el Libro 10 de Sahagún, que esta primera inmigración pasó por la Huasteca.

*Atlán acaltica in vallaque miec tlamantli,
auh oncan atenco quizaco yn mictlampa atenco
auh yn oncan cacanaco yn índcal,
motocayoti. panuilla. q. n. panuaya. axcan mitoa pantla.*



*Niman ic atentli quito catiaque,
quiztivi in tépetl occen yehoan in iztac tetepe yoan in popocatetepe,
hacito yn cuauhtemallan. catentocativi.
...Niman yc vallaque oncan hacico,
yn itocayocan tamovanchan. q. n. temova tochan
auh oncan vecavaque*

Por el agua en sus barcas llegaron muchos grupos,
muchos llegaron a la orilla del agua, en la costa del Norte
y allí donde desembarcaron de sus barcas,
se llamó Panutla, es decir, “por donde se pasa por encima del agua”.
Hoy se llama Pantla.
Después siguieron por la orilla del agua,
iban viendo las montañas, los montes blancos y los que humean,
(Popocatépetl)
vinieron a acercarse a Guatemala siguiendo siempre la orilla.
Después llegaron,
vinieron a acercarse, adonde se llama Tamoanchan, que quiere decir
“buscamos nuestra casa”
y allí se quedaron largo tiempo.

Allí, en Tamoanchan, se efectúa luego la primera separación. Los *tlamatine* *amoxvoque*, “los sabios, los conocedores de los libros”, se separan de ellos y caminan hacia el Este, llevando consigo la pintura negra y la pintura roja, *tlilli tlapalli*, es decir, la escritura, los libros, *amoxtlí*, los códices, *tlacuillo*, la ciencia, *tlamatiliztli*, los cantos, *cuicaámatl*, y las flautas, *tlapitzalli*. Todo esto se refiere a los que van hacia el Este, hacia el Tlillan Tlapallan, el “país de la escritura”, es decir, a los toltecas, a los “emigrados”, *yaque*, a los *yaqui vinak* de las leyendas quichés. El lugar Panutla o Pantla del pasaje citado es la Huasteca, el Pánuco de nuestros días. El que esta región se mencione como lugar de desembarco de las tribus, tiene su razón especial. Panutla o Pantla significa lo mismo que *panouaya*, “donde se pasa sobre el agua”. Y puesto que los sabios antiguos designaban como lugar de la primera inmigración un sitio de la Huasteca, es lógico que Quetzalcóatl, el dios considerado como guía de los primeros inmigrantes, se represente vestido de huasteca o con ciertas prendas huastecas.

8) UNIDAD O PLURALIDAD DE DIOSES

Hermann Beyer ⁴⁵

En un intento por penetrar en lo más característico de las creencias de los antiguos mexicanos, Hermann Beyer se plantea aquí el problema de si hubo o no entre ellos alguna especie de concepción unitaria de la divinidad. Para esto analiza, como principales fuentes de información, los testimonios de algunos códices. La conclusión a que llega es la de que puede afirmarse la existencia de una cierta forma de monoteísmo prehispánico. La suprema deidad ostenta un carácter dual pero a la vez unitario. Los que, en el pensamiento popular, se consideran como otros muchos dioses, pueden entenderse como títulos o atributos de la deidad dual. De esto ofrece Hermann Beyer algunos ejemplos.

Los misioneros cristianos mostraron, con algunas loables excepciones, poca comprensión hacia las religiones paganas autóctonas. A pesar de esto podemos reconocer, por indicaciones aisladas de los primeros historiadores, por medio de la importante obra de Sahagún y por los códices originales, algo sobre la esencia de la mitología mexicana. Si profundizamos más en el idioma ideográfico de los mitos y en las representaciones pictográficas-simbólicas de los manuscritos, entonces vemos que el exagerado politeísmo, que encontramos en el México antiguo se refiere únicamente a los fenómenos naturales y que los pensadores sacerdotales habían ya desarrollado ideas filosóficas religiosas sobre la esencia y la interrelación de las cosas. Los dos mil dioses de las grandes masas, de que habla Gómara, eran para los sabios sacerdotes, para los iniciados, únicamente tantas otras manifestaciones del *Uno*.

En la figura del dios *Tonacatecutli* encontramos el principio al monoteísmo. Es el viejo dios creador, que reside en el treceavo cielo y de ahí manda sus influencias y su calor, por medio de los cuales se engendran los niños en el vientre de las madres.⁴⁶ Para

⁴⁵ Hermann Beyer, "El ídolo azteca de Alejandro de Humboldt", *Mito y simbología del México antiguo*, Primer tomo de Obras Completas de Hermann Beyer, traducidas por Carmen Cook de Leonard, *El México Antiguo*, t. X, 1965, pp. 398-401.

⁴⁶ Sahagún, libro X, capítulo XXIX.

expresar el pensamiento, de que los poderes cósmicos eran emanaciones del dios primitivo, se identificaban los dioses de la naturaleza como hijos de *Tonacatecutli*. Es, además, el dios de la abundancia y la prosperidad. Como vive en el cielo más alto es también el dios de mayor categoría, igualmente en sentido espiritual. Pedro de los Ríos dice que nunca se le llevan ofrendas, porque no las quería. El Códice Telleriano-Remensis (folio 8) nos da una lista de los atributos de *Tonacatecutli*: dios, señor, creador, gobernador de todo.

El hecho de que este viejo dios tenga esposa, contradice al principio monoteísta tanto o tan poco como la Trinidad Cristiana. Encontramos en el panteón mexicano frecuentemente a una pareja de dioses para un mismo concepto natural.

El dios del fuego *Xiuhtecutli* había evolucionado hacia una deidad que interpenetraba todo el panteísmo, al que se llamaba también *Huehuateotl*, “dios viejo”, *Tota*, “nuestro padre” y *Teteu innante teuinta* “madre y padre de los dioses”. Originalmente fue el dios del cielo diurno o sea un dios solar, como lo indica su nombre. “Señor azul”. En vista de que para los mexicanos el sol era también el origen de toda la vida terrestre,⁴⁷ desempeña las mismas funciones que el viejo dios creador, con el que se identifica por esa razón.⁴⁸ El fuego, el calor, es para el filósofo primitivo la fuerza vital que acciona en todos lados, puesto que el muerto se enfría, y en verano, en tiempo de calor, se desarrolla la vida. Calor Vida y Frío Muerte, estos son los contrastes polares del concepto cósmico de los hombres que conviven con la naturaleza.

El hecho de que los antiguos sabios sacerdotes consideraran un principio único como base, lo hemos visto en algunos ejemplos mencionados arriba. Vamos a discutir algunos otros.

La razón por la cual en el Códice Borbónico, en la fiesta de *Xilonen* no se representa a ésta, sino al dios rojo del maíz, me parece indica que ambas deidades representan la misma idea.

El dios del maíz puede considerarse como personificación del verano. Por esta razón *Tonacatecutli* era llamado también *Chicomexochitl* y *Tonacacihuatl* se identificaba con *Xochiquetzal*. *Xochiquetzal*, “el adorno de flor y pluma” que en su tocado simbólico lleva una cabeza de pájaro de quetzal es la diosa de las flores y de la vegetación. El quetzal (*pharomacrus mocinno*)

⁴⁷ *Códice Telleriano-Remensis*, folio 12, verso.

⁴⁸ *Huehuecoyotl*, otra forma del dios viejo, lleva los emblemas del dios del fuego (Códice Borgia 10). El Códice Bolonia representa a *Xiuhtecutli* como viejo con la boca hundida. Como nombre de *Tonacatecutli* se menciona *Tlalticpaque*, “sobre la tierra”, y se le invocaba con el nombre *Xiuhtecutli Tlalxicenticue*, “tú que vives en el ombligo de la tierra”.

aparece en el Tonalamatl de Aubin en la “serie de los 13 pájaros” como *nakualli*, como disfraz de la deidad del maíz y así también podrá identificarse como quetzal la cabeza de pájaro verde que lleva el *Cinteotl masculino*, sobre la espalda, en el Códice Borbónico. *Huitzilopochtli* lleva, sin embargo, en este mismo manuscrito igualmente la cabeza de un pájaro verde como emblema, pero que difiere del pájaro quetzal por su pico largo y se identifica con el colibrí.

En el canto a *Xochipilli* se dice: “Ya canta nuestro amigo, canta el *quetzalcoxcotli*, en el atardecer, el dios rojo del maíz”.⁴⁹ El *quetzalcoxcotli* del que habla el himno, es un pájaro con copete, dedicado a *Xochipilli*, y así participando de la esencia del dios del maíz.

El verano es el tiempo del año que pertenece al sol, de días largos. Por esta razón el Tonalamatl de la colección Aubin representa al dios solar como el séptimo de los 13 dioses, que además debe quizás caracterizarse como *Xochipilli*, por la cabeza de ave que se agrega. El dios del maíz también se llama “1. flor”,⁵⁰ esencialmente un jeroglífico del sol. En esta relación encontramos también la explicación para la pintura y el vestido rojo de los dioses del maíz. Rojo es el color del dios solar, y casi siempre aparece pintado con ese color. Si encontramos en el Códice Borbónico a *Chalchiutlicue*, la diosa del agua, pintada igualmente de rojo, podría ser que se le identificara como diosa del verano, ya que en México el verano y el tiempo de aguas coinciden poco más o menos. Así como *Huitzilopochtli*, el dios solar y estival de los aztecas, lleva el nombre “Colibrí Meridional”, vemos en forma paralela a *Cintéotl* en la página 27 del Borbónico asignado al *Sur*.

Un rasgo interesante lo encontramos en la figura de *Cintéotl*, que desafortunadamente ya está algo borrada en el original; la diosa del maíz aparece aquí con la piel de un hombre desollado. Otro dios de la vegetación, *Xipe Totec*, “Nuestro señor el desollado” lleva el mismo vestido horripilante que en los dibujos esmerados del Códice Borgia puede reconocerse con claridad. Los brazos del desollado cuelgan hacia abajo y el ojo está marcado por una hendidura. La piel que se pone el dios en estos casos significa, sin duda, la capa vegetal de la tierra. En su mano lleva el dios *Xipe* el bastón de sonaja (*Chicauaztli*), que ya observamos anteriormente asociado con *Xilonen*. También este dios se pintaba de rojo, lo que de hecho se reconoce únicamente en la parte inferior de los brazos, en los pies y en sus emblemas. Por ser *Xipe Totec* un dios rojo, puede sustituirlo otro dios

⁴⁹ Seler, *Ges. Abh.* t. II, p. 1025.

⁵⁰ Seler, *Erläuterungen zum Kodex Borgia*, t. I, p. 157.



pintado de rojo, *Tlatlahuqui Tezcatlipoca*, el “*Tezcatlipoca rojo*”.⁵¹

Un rasgo aparentemente secundario con frecuencia adquiere importancia en relación a una totalidad y la solución de un problema específico algunas veces nos lleva al esclarecimiento de problemas difíciles. Así, poco a poco, se va aclarando la imagen cósmica peculiar de los antiguos mexicanos y podemos decir que no está lejano el día en que cuando menos a grandes rasgos podamos comprender el sistema mitológico de los pensadores del Anáhuac.

⁵¹ *Códice Vaticano Núm. 3773*, fol. 30; *Códice Borgia*, II.



9) EL MUNDO ACTUAL Y LOS CUATRO SOLES O EDADES

Jacques Soustelle ⁵²

En su libro sobre El pensamiento cosmológico de los antiguos mexicanos, el historiador y etnólogo francés Jacques Soustelle logra una visión de conjunto acerca de las doctrinas y lucubraciones del hombre prehispánico en relación con el universo. Para la elaboración de su trabajo atendió el autor principalmente al testimonio de los cronistas y de varias fuentes indígenas. En los dos primeros capítulos de su libro, que aquí se incluyen, “El nacimiento del mundo actual”, y, “Los cuatro soles”, desarrolla el tema de los orígenes cósmicos en los que se manifestaron, de múltiples formas, las distintas actuaciones de los dioses.

El nacimiento del mundo actual

Es común a todos los pueblos indígenas de México y de otros países, la noción de inestabilidad del mundo. Tal como lo vemos hoy, el Universo está destinado a desaparecer, y ha surgido después de varios ensayos infructuosos que han terminado en cataclismos; el número cuatro domina toda la cosmogonía. Según los Zuñi, una de las tribus Pueblo, los hombres han buscado desde el principio de los tiempos, el centro del mundo, único punto estable en el Universo. Cuatro veces creyeron encontrarlo y otras tantas los temblores de tierra lo destruyeron, y fue solamente en el quinto ensayo cuando encontraron el centro y la estabilidad en el Valle Zuñi. Creencias análogas, en donde el número cuatro juega el mismo papel, se encuentran después en el Norte de México, entre los Tarahumaras, y en el Sur entre los Mayas-Quiché cuyo libro sagrado el *Popol Vuh*, contiene la descripción de los cuatro mundos desaparecidos.

Las relaciones antiguas de la Meseta Central de México, principian tanto por el relato de las cuatro edades que precedieron a la nuestra, los cuatro Soles, como por la descripción de un

⁵² Jacques Soustelle, *La pensée cosmologique des anciens mexicains*, París, Hermann et Cie. 1940. Existe versión en castellano de este libro: *El pensamiento cosmológico de los antiguos mexicanos*, Puebla, México, 1959, pp. 19-26.

periodo de pura creación presidida por una pareja divina. Esta pareja se compone del dios *Ometecutli*, “el señor de la dualidad”, y de la diosa *Omeciuatl*, “la señora de la dualidad”. Se les conocía así mismo con el nombre de *Tonacatecutli* “el señor que nos alimenta”, y de *Tonacaciuatl*; de *Citlalatónac*, “la estrella brillante”, y de *Citlalicue*, “la que tiene una falda de estrellas”. Estos son los dioses viejos que habitan el décimo tercer cielo: *Omeyocan*, “el lugar de la dualidad”.

Ometecutli es el patrón o dios protector del primer signo del calendario, *cipactli*, el monstruo mítico que lleva la tierra sobre su espalda. *Omeciuatl* es la patrona del último signo, *Xochil*, la flor, y parece su doble, *Xochiquetzal*, la diosa de las flores, que habita también los cielos superiores. Así pues, la pareja divina es el principio y fin del tiempo, el alpha y omega del calendario; si ella habita el décimo tercer cielo, es porque el número trece es el último de los números empleados en el cómputo del tiempo. El símbolo del último término.

Omeyocan, es el sitio donde habitan estos dioses, es el lugar del nacimiento. Se le llama también *tlacapillachiuahoya*, “el lugar donde se crean los hijos de los hombres. Cuando un niño nace se pronuncia constantemente, en las invocaciones el nombre de estas divinidades. Esto es, el nacimiento es un descenso; nacer (*tlacati*), descender (*temo*) del cielo. En la gran fiesta de *Xocouetzi*, el nacimiento del fuego, se simboliza por la caída desde lo alto de un mástil, de una imagen del dios del fuego. Por otra parte, *Omeyocan* se identifica con el paraíso del Oeste, *Tamoanchan*, el país de los dioses viejos y de las generaciones pasadas, del maíz maduro, de la bruma, del misterio, la región de donde los pueblos antiguos salieron de un agujero abierto en la tierra.

En resumen los dos dioses *Ometecutli* y *Omeciuatl*, son antiguas divinidades que presiden la generación y el nacimiento. En el Panteón Mexicano, de la época más conocida, poco antes de la invasión española, tenían un lugar más restringido; por el contrario, entre los Nahuatl de Nicaragua que habían abandonado México en el siglo XIII, estas dos divinidades bajo los nombres de *Omeyateite* y *Omeyatecigoat*, están aún en la cúspide del edificio religioso. Es necesario admitir que la religión de los Nahuatl de la meseta central, se estaba modificando entre los siglos XIII y el XVI, el papel de la primera pareja divina había perdido progresivamente su importancia. Los dioses nuevos como *Huitzilopochtli* o *Tezcatlipoca* los habían relegado a segundo término en el mundo, quedando como reyes muy respetables que intervienen raramente en los acontecimientos. Además el culto a la pareja primera había permanecido muy vivo hasta el siglo XVI entre los otros pueblos de México como los Otomí que daban todavía un lugar de primera importancia en su

panteón, al Viejo Padre *Tatacoada* (sol y fuego), y a la Vieja Madre (tierra y luna). El nacimiento de los dioses era atribuido por los Nahuatl del siglo XVI a la pareja primera. Según el cronista Torquemada, *Omeciuatl* había creado un *tecpatl*, cuchillo de sílice destinado a los sacrificios humanos; este cuchillo había caído sobre tierra en la región del Norte y mil seiscientos dioses nacieron a su alrededor; el número mil seiscientos (4×400), quiere decir simplemente “muchos”, la base de la numeración azteca era vigesimal. Según la *Historia de los mexicanos por sus pinturas*, la pareja celeste dio nacimiento a cuatro dioses de donde salieron todos los otros, por creación o por casamiento. Estos fueron:

1º El *Tezcatlipoca* rojo, conocido además por el nombre de *Xipe-Totec*, dios del Este y del sol de levante.

2º *Tezcatlipoca*, dios negro del Norte, de la noche, del frío, del cielo nocturno.

3º *Quetzalcoatl*, la “serpiente emplumada”, dios blanco del Oeste y del sol tramontante.

4º *Huitzilopochtli*, el dios guerrero pintado de azul, sol triunfante del medio día, dios epónimo de la capital azteca.⁵³

Siempre según la *Historia*, este *Tezcatlipoca* era el que reinaba en esa época sobre los otros dioses. Este hecho no debe asombrar, puesto que es el dios de la noche, y en esta época no había aún sol.

Se llamaba también *Yoalli eecatl*, “el viento de la noche”. Es asimismo dios del Norte, que corresponde al lado nocturno del Universo. El cuchillo de sílice de *Omeciuatl* cayó sobre la tierra en las planicies del Norte, y este sílice (*Tecpatl*) es el símbolo del dios del Norte, *Mixcoatl*, “la serpiente de las brumas” y de los *Centzon Mimixcoa*, “las cuatrocientas (innumerables) serpientes de las brumas”, astros y nebulosas de formas vagas que aparecen en el cielo durante la noche.

Quetzalcoatl es a la vez el sol del atardecer y el planeta Venus. Como dios del Oeste, tiene el color blanco (color del Oeste) y es viejo porque el Oeste es la región de la vejez. Porque sólo los viejos se dejaban crecer su barba. Por otra parte representa también al Planeta Venus y es además (el dios del Este bajo el nombre de *Tlauizcalpantecutli*, cuyo doble es *Xolotl*, divinidad que protege a los gemelos, a las mazorcas dobles del maíz, y significa muerte (Oeste) y renacimiento (Este). Cuando los

⁵³ La capital azteca llevaba el doble nombre de Tenochtitlán-México, “lugar de cactus y poblado de mexitl”. *Mexitl* es uno de los nombres de *Huitzilopochtli*. Es el que se apareció bajo la forma de un águila (el sol) teniendo entre su pico una serpiente (la serpiente de estrellas de la noche) y sobre un cactus, *Tenochtli*; el símbolo azteca del poblado, se convirtió en escudo de la República Mexicana.

españoles, blancos y barbados llegaron por el Este, el emperador *Moctecuzoma* y sus consejeros creyeron que había llegado el tiempo del retorno de *Quetzalcoatl* a la tierra; en efecto una leyenda decía que regresaría en un año: *ce acatl* “uno caña” y 1519 año de la conquista era un año *ce acatl*.

La *Historia* dice que los cuatro dioses permanecieron inactivos durante un largo periodo (600 años), después crearon sucesivamente el fuego, el calendario, el infierno del Norte, *Mictlan* y sus dioses, los trece cielos, las aguas y sus dioses, el monstruo *capactli* y la tierra. Es claro que toda esta tradición constituye una especie de ensayo de racionalización bastante tardía; autores anónimos han buscado ordenar los relatos míticos contradictorios y jerarquizar las divinidades. El papel ocupado en este mito por *Huitzilopochtli* es significativo, pues este dios fue el último en entrar al panteón mexicano: es un dios puramente azteca, y que no tuvo importancia sino con el crecimiento de la influencia de su tribu. Según todas las apariencias se trata por lo tanto de una postura reciente y hecha en México, de tradiciones más antiguas.

Según Torquemada, los dioses queriendo tener hombres a su servicio enviaron a un dios, *Xolotl* (encarnación de *Quetzalcoatl*, como dios de la vida y la muerte) a robar al infierno del Norte los huesos de los muertos en otras épocas. En seguida ellos se hicieron diferentes incisiones, regando su sangre sobre estos huesos para dar vida a nuevos hombres. Pero todas las otras tradiciones hacen intervenir desde luego la sucesión de las edades del mundo, los Cuatro Soles.

Los cuatro soles

Tanto en las tradiciones como en las crónicas recogidas inmediatamente después de la conquista, como en los manuscritos precolombianos y en bastantes relieves de ciertos monumentos, se encuentra la idea que nuestro mundo había sido precedido por cuatro mundos o “Soles” que terminaron en cataclismos. A cada uno de estos mundos desaparecidos se les nombra: “Sol Tigre” (*Ocelotonatiuh*), “Sol del Viento” (*Eecatonatiuh*), “Sol de la Lluvia” (*Quiauh-tonatiuh*) y “Sol del Agua” (*Atonatiuh*). Al Sol de la Lluvia se le nombra algunas veces Sol de Fuego (*Tlaetonatiuh*), porque es una lluvia de fuego que ha destruido al mundo al final de ese periodo.

El orden de sucesión de estas cuatro edades no se describe siempre de la misma manera. Según los *Anales de Quauhtitlan*, el primero de los Soles ha sido el Sol del Agua, seguido de los Soles Tigre, Lluvia y Viento. La *Historia de los mexicanos por sus pinturas*, tiene el orden: Sol Tigre –Sol Viento–, Sol de la Lluvia y Sol del Agua, que se corrobora con el magnífico monumento conocido con el nombre de “Calendario Azteca”. Este

célebre bajo relieve que es la “Piedra de los Soles”, enumera las cuatro edades dentro del mismo orden que la Historia, cada una de las edades fue representada por una fecha, la del cataclismo que la termina. Estas fechas son:

- | | |
|-------------------|---------------------------------------|
| 4 <i>ocelotl</i> | (4 Tigre), fin del Sol Tigre. |
| 4 <i>eecatl</i> | (4 Viento), fin del Sol Viento. |
| 4 <i>quiauitl</i> | (4 Lluvia), fin del Sol de la Lluvia. |
| 4 <i>atl</i> | (4 Agua), fin del Sol del Agua. |

En fin, nuestro mundo actual está señalado en el “Calendario Azteca” por la fecha 4 *ollin* (4 Movimiento, Temblor de tierra). Esta fecha, como se verá, es el día en que nuestro sol fue puesto en movimiento, cuatro días después de su nacimiento. Este es, dentro del calendario ritual, el día de la fiesta del sol y de sus patronos. Pero es también, probablemente, la fecha en que nuestro mundo terminará con un temblor de tierra, el signo *ollin*, que simboliza a la vez movimiento del sol y las sacudidas sísmicas.

En el *Tonalamatl* o calendario adivinatorio, todos los días que llevan la cifra 4 están considerados como nefastos. El día 4 *ocelotl*, fin del Sol Tigre, es un día nefasto, dominado por *Tezcatlipoca*, dios del Norte, del frío y de la noche, se transforma en tigre, según la *Historia de los mexicanos*, para derribar al sol. La primera edad, según los *Anales de Cuauhtitlan*, termina en tinieblas y frío; después de un eclipse.

La fecha 4 *eecatl*, fin del Sol Viento, está considerada como un día de encantamientos y sortilegios. El día 1 *eecatl* es el día por excelencia de los brujos. En efecto, debido a un complicado proceso mágico que en la segunda época termina; todos los hombres han sido transformados en monos. Al mismo tiempo sopla un fuerte viento, manifestación de *Eecatl*, dios del viento, que es una de las formas de *Quetzalcoatl*. La idea de que los hombres de este mundo desaparecido se han metamorfoseado en monos se encuentra en la gran crónica Maya-Quiché, el *Popol-Vuh*. Entre los mexicanos del centro, esta idea está unida a la acción del dios *Quetzalcoatl* bajo la forma de divinidad del viento, protectora de los magos.

La fecha 4 *quiauitl*, fin del Sol de la Lluvia, está colocada bajo la protección del *Tlaloc*, dios de la lluvia, su máscara se reconoce por sus largos dientes y sus enormes ojos, que se emplean como símbolo de la lluvia. El tercer mundo termina por una lluvia de fuego, *Tlaloc* no es solamente el dios del agua, bien que es su función más usual, sino también dios del fuego que cae del cielo, en forma de relámpagos, rayos y quizá erupciones volcánicas; es la lluvia de fuego (*Tlequiauitl*).

La fecha 4 *atl*, fin del Sol Agua, está representada sobre los monumentos señalados más arriba, por la cifra 4 acompañada

de la cara de la diosa *Chalchiuhtlicue*, “la que lleva una falda de piedras preciosas”, compañera de *Tlaloc* y divinidad del agua; parece salir de un recipiente de agua en movimiento porque el cuarto mundo concluyó por inundaciones, especie de diluvio.

De este modo en cuatro intentos el mundo nace y se destruye por gigantescas catástrofes. El mundo de ahora tendrá la misma suerte. Los antiguos mexicanos concebían esta historia del universo como la de victorias y derrotas de principios alternantes, que gobernaban las cosas, unos después de otros, para luego ser desplazados y privados de influencia sobre la realidad. El primero de los soles es el de *Tezcatlipoca*; la edad del frío, de la noche, del norte. El segundo está bajo la influencia de *Quetzalcoatl*, dios del Occidente; es la época de los magos y del Oeste. La tercera está dominada por *Tlaloc* que como dios del fuego, es una divinidad del Sur. La cuarta por el sol del Agua y de *Chalchiuhtlicue*, es un periodo del Este, pues el agua y su diosa vienen del Este. En cuanto al sol actual el quinto, es el del Centro, pues cinco es el número del Centro; su divinidad es *Xiuhtecutli*, dios del fuego; así nuestro sol es un sol de fuego, representado muchas veces⁵⁴ por el mismo símbolo del fuego, una mariposa.

Se verá más adelante cual es la importancia que atribuían los antiguos mexicanos a los cuatro puntos cardinales, a menudo complementados por un quinto punto, el centro. La tradición relativa a los cuatro soles, no es sino un caso particular de una actitud mental que se encuentra a cada paso: la interpretación de todos los fenómenos del mundo por la sucesión alternativa de aspectos fundamentales de la realidad, acontecen y se reemplazan, triunfan y desaparecen, y están unidos a las direcciones del espacio.

Los mitos cosmogónicos contienen pocas indicaciones sobre la manera de representar a los habitantes del mundo de las épocas desaparecidas. Se pensaba generalmente que aquellos que habitaban eran gigantes, después hombres que se nutrían de hierbas silvestres. Los antiguos mexicanos tenían la convicción muy clara de la superioridad de su civilización agrícola sobre la de tribus nómadas, los chichimecas, que andaban errantes en las regiones casi desérticas del Norte. Ellos mismos, antes de llegar a la meseta central, habían llevado en las estepas de cactus esta vida precaria. Eran depositarios de la civilización del maíz y describían a sus ancestros de los soles desaparecidos, como bárbaros ignorantes de la agricultura, a cuya civilización habían dejado de pertenecer unos siglos antes.

⁵⁴ El sol, en la “casa de las águilas” o templo de los guerreros, estaba representado por la imagen de una mariposa.

Hacia el fin del Cuarto Sol, y el principio del nuestro, hubo un periodo de transición que duró dos veces 13 años. El conjunto de años en el cómputo del tiempo, está dividido en series de trece, cada una de estas series referidas a uno de los puntos cardinales; cuatro “treceñas” forman un “siglo” indígena, ciclo de 52 años.

La “caída del cielo” sin duda el diluvio que dio fin al Sol del Agua, tuvo lugar en un año 1 *tochtli* (1 conejo), año del Sur. Los dioses *Quetzalcoatl* y *Tezcatlipoca* tratan de reedificar el cielo; y cuando esta tarea concluyó, *Tezcatlipoca* cambió de nombre, convirtiéndose en *Mixcoatl*, dios del Norte, en un año 2 *acatl* (2 caña); en el calendario adivinatorio, el día 2 *acatl* está consagrado a *Tezcatlipoca*. En el curso del octavo año, fueron creados los *macehualtin*,⁵⁵ hombres del pueblo, es decir, los hombres que serían necesarios para el futuro sol, hombres destinados al sacrificio y a nutrir con su sangre al astro.

Con la segunda treceña de años que principia por 1 *acatl* se entra en el dominio del Este, *Ce acatl* (1 *acatl*-caña) es el nombre cíclico de *Quetzalcoatl*, como dios del Este y de la estrella de la mañana, de la resurrección. Todo el quinto sol estará dominado por este gran tema de la muerte y resurrección, del sacrificio necesario a la vida de los astros y del Universo. En el año 1 *acatl* los dioses deciden crear al sol. Pero fue necesario para ello derramar sangre, liberar las fuerzas de la vida, y no se puede liberar, sino matando, por el sacrificio y la guerra. Los dioses desencadenan la guerra y preparan ellos mismos la ocasión. El último año de la segunda serie, es un 13 *acatl*, es el del nacimiento del sol.

⁵⁵ Plural de macehualli.

10) EL PUEBLO DEL SOL

Alfonso Caso ⁵⁶

El tema de la religión de los antiguos mexicanos ha sido estudiado por Alfonso Caso en diversas ocasiones. En 1936 publicó un pequeño trabajo titulado La religión de los aztecas. Más tarde el propio autor reelaboró ese opúsculo y sacó a luz, en 1953, una obra titulada El pueblo del Sol. En ella atiende a cuestiones como las de la magia y la religión y el carácter propio de las creencias y ritos de los aztecas. Se ocupa asimismo de las antiguas doctrinas acerca del origen de los dioses y los hombres. También ofrece una descripción de los atributos de las más importantes deidades dentro del panteón azteca.

En esta antología se transcribe el capítulo final de ese libro, que lleva precisamente el mismo título de toda la obra, El pueblo del Sol. En él Alfonso Caso presenta lo que, a su juicio, fue el meollo de la religiosidad de los aztecas, aquello que ayuda a entender cómo, en relativamente poco tiempo, llegaron a alcanzar la hegemonía en el ámbito de Mesoamérica.

Por la breve descripción que hemos hecho, se comprenderá la enorme importancia que tenía la religión para el pueblo azteca. Era tan grande, que podemos decir, sin exagerar, que su existencia giraba totalmente alrededor de la religión, y no había un solo acto de la vida pública y privada que no estuviera teñido por el sentimiento religioso.

La religión era el factor preponderante, e intervenía como causa hasta en aquellas actividades que nos parecen a nosotros más ajenas al sentimiento religioso, como los deportes, los juegos y la guerra. Regulaba el comercio, la política, la conquista, e intervenía en todos los actos del individuo, desde que nacía hasta que los sacerdotes quemaban su cadáver y enterraban sus cenizas. Era la suprema razón de las acciones individuales y la razón de Estado fundamental.

Podemos definir la organización política azteca diciendo que era una teocracia militar, pero en la que el fin guerrero estaba

⁵⁶ Alfonso Caso, *El pueblo del Sol*, México, Fondo de Cultura Económica, 1953, pp. 117-125.

subordinado al fin religioso y en la que el mismo emperador, o más propiamente *Tlacatecuhtli*, era un sacerdote, y él y todos los altos funcionarios del Estado habían sido educados en una escuela sacerdotal, como era el *Calmécac*.

Pero si la religión influyó de un modo preponderante en la organización política, era también preponderante en la organización social, y los clanes o *calpullis*, que los españoles tradujeron por *barrios*, no sólo eran divisiones territoriales, puesto que estaban bajo la advocación de un dios particular y eran la continuación de las antiguas familias, unidas no por el lazo de parentesco biológico, sino por el del parentesco religioso que derivaba de la comunidad de culto al dios tutelar.

Por eso vemos que los ancianos de cada barrio tenían una ingerencia muy directa en la vida privada de las familias individuales y que se les consultaba para celebrar los matrimonios, para el ingreso de los jóvenes en las escuelas o en el ejército, y para cualquier asunto que revestía cierta solemnidad o importancia.

¿Cuál es la explicación de esta omnipresencia de la religión? No podríamos entenderlo si no comprendemos que el azteca se sentía ser un pueblo con una misión; un pueblo elegido por el dios tribal para que se cumpla el destino del mundo y se realice el ideal humano tal como ellos lo entendían.

El azteca es el pueblo del Sol; su ciudad, Tenochtitlán, se ha fundado en el sitio en que el águila, representante de Huitzilopochtli, se posa sobre el nopal de piedra, en el centro de la isla que estaba en el lago de la Luna, el *Meztliapan*, como se llamaba esotéricamente al lago de Texcoco. Allí, donde fue arrojado el corazón del primer sacrificado, allí debía brotar el árbol espinoso, el árbol del sacrificio, que representa el lugar de las espinas, *Huitztlampa*, la tierra del Sol, hacia donde saliera en peregrinación la tribu, partiendo de la tierra blanca, Aztlán.

Y sus sacerdotes, los conductores de la peregrinación, les habían dicho que sólo cuando el Sol, representado por el águila, se posara sobre el nopal espinoso, cuyas tunas rojas son como corazones humanos, sólo en ese lugar habían de descansar y de fundar la ciudad, porque eso representaba que el pueblo del Sol, el pueblo elegido por Huitzilopochtli, habría llegado al sitio desde donde debía engrandecerse y transformarse en el señor del mundo, y en el instrumento con el cual el dios iba a realizar grandes proezas. Por eso les dice:

De verdad os iré conduciendo adonde habréis de ir; apareceré como águila blanca; por donde hayáis de ir, os iré voceando; id viéndome nomás; y cuando llegue allí, adonde me parezca bien que vosotros vayáis a asentaros, allí posaré, allí me veréis; de modo que luego allí haced mi adoratorio, mi



casa, mi cama de hierba, donde yo estuve levantado para volar; y allí la gente hará casa, os asentaréis.

La primera cosa que os adornará será la cualidad de águila, la cualidad de tigre, la Guerra Sagrada, flecha y escudo; esto es lo que comeréis, lo que iréis necesitando; de modo que andaréis atemorizando: en pago de vuestro valor andaréis venciendo, andaréis destruyendo a todos los plebeyos y pobladores que ya están asentados allí, en cuanto sitio iréis viendo.

Y ofrece, para los conquistadores y hombres valientes, las mantas labradas, los *maxtles*, las plumas colgantes de quetzal; para que sean sus divisas y sus escudos, y recibirán “las cosas en general: lo bueno, lo plácido, lo fragante, la flor, el tabaco, el cantar: toda cosa cualquiera que sea”.

Asimismo también fui yo mandado de esta venida, y se me dio por cargo traer armas, arco, flechas y rodela; mi principal venida y mi oficio es la guerra, y yo asimismo con mi pecho, cabeza y brazos, en todas partes tengo de ver y hacer mi oficio, en muchos pueblos y gentes que hoy hay. . .

Primero he de conquistar en guerras para tener y nombrar mi casa de preciada esmeralda y oro y adornada de plumería; adornada la casa de preciada esmeralda transparente como un cristal, y asimismo tener y poseer géneros de preciadas mazorcas, cacao, de muchos colores algodón e hilados: todo lo tengo de ver y tener, pues me es mandado, y mi oficio, y a eso vine.

Y en Coatepec les había dicho:

Ea, mexicanos, que aquí ha de ser vuestro cargo y oficio, aquí habéis de guardar y esperar, y de cuatro partes cuadrantes del mundo, habéis de conquistar, ganar y avasallar para vosotros; tened cuerpo, pecho, cabeza, brazos y fortaleza, pues os ha de costar asimismo sudor, trabajo y pura sangre, para que vosotros alcancéis y gocéis las finas esmeraldas, piedras de gran valor, oro, plata, fina plumería, preciadas plumas de colores, fino cacao de lejos venido, algodón de diversos tintes, diversas flores olorosas, diferentes maneras de frutas muy suaves y sabrosas, y otras muchas cosas de mucho placer y contento.

El pueblo del Sol, conducido por los sacerdotes del dios, se establece en medio del lago de la Luna, y de allí va a emprender su misión, que no es otra sino colaborar por medio del sacrificio humano en la fundación cósmica, que representa la ayuda que debe proporcionar el hombre al Sol, para que pueda luchar contra la Luna y las estrellas, y vencerlas todos los días.

Cada prisionero que toma el azteca es una estrella que debe ser sacrificada al Sol, para alimentarlo con la sustancia mágica que representa la vida, y para fortalecerlo en el divino combate; y el hombre-estrella que es sacrificado, pintado de blanco el cuerpo y con un antifaz negro, que significa la noche estrellada, irá a reforzar con su vida la vida del Sol.

De allí el orgullo del tenochca que se siente un colaborador de los dioses; que sabe que su vida está dedicada a mantener el orden del mundo y, asimismo, a luchar contra los poderes tenebrosos.

En cierto modo, de él depende que el universo siga existiendo; de él depende que los dioses reciban su alimento, que derramen sobre la humanidad el beneficio de sus dádivas; la luz del sol, la lluvia, que se forma en los montes y riega el maíz; el viento que corre por las cañadas y que puede traer las nubes o convertirse en huracán.

Pero siendo el azteca un soldado del Sol, teniendo como tiene esta misión divina, debe también tener el premio. A él deben corresponder “las cosas en general, lo bueno, lo plácido, lo fragante, la flor, el tabaco, el cantar”.

Es claro que el azteca, como todo pueblo que se cree con una misión, está mejor dispuesto a cumplirla, si de su cumplimiento se deriva el dominio sobre los otros pueblos. Ya desde el siglo XVI la vocación apostólica y civilizadora de los pueblos europeos se encuentra particularmente inflamada, cuando aquellos que van a salvar de la barbarie son poseedores de riquezas que no pueden obtenerse en los países civilizados: oro, especias y perlas en el siglo XVI; petróleo, hule, carbón, henequén y quina en el siglo XX.

El pueblo azteca, como todo pueblo imperialista, tuvo siempre una excusa para justificar sus conquistas, para extender el dominio de la ciudad-estado Tenochtitlán, y convertir al rey de México en el rey del mundo, *Cem-Anáhuac tlatoani*, y a México-Tenochtitlán en la capital del Imperio, que titulaban *Cem-Anáhuac tenochca tlalpan*, es decir “el mundo, tierra tenochca”. La idea de que era un colaborador de los dioses; la concepción de que cumplía con un deber trascendental y que en su acción radicaba la posibilidad de que el mundo continuara viviendo permitieron al pueblo azteca sufrir las penalidades de su peregrinación, radicarse en un sitio que los pueblos más ricos y más cultos no habían aceptado, e imponerse a sus vecinos, ensanchando constantemente su dominio, hasta que las huestes aztecas llevaron el poder de Tenochtitlán a las costas del Atlántico y del Pacífico, y sometieron a pueblos más adelantados culturalmente y más antiguos en la posesión de las tierras de la Altiplanicie y de las costas.

Pero, además de este ideal cosmológico, el azteca creía que tenía también un ideal ético que realizar.

La lucha del Sol contra los poderes de la noche no es sólo una lucha de los dioses, es también y sobre todo una lucha del bien contra el mal.

La misión del tenochca es estar al lado del Sol, que representa el bien, en contra de los dioses espantables de la noche, símbolos del mal.

En consecuencia, el azteca debe emprender esta lucha ética hasta lograr que su caudillo divino triunfe de los dioses malvados que planean la destrucción del hombre, y hasta lograr que el hombre triunfe, asimismo, de los malévolos poderes que representan el pecado. Esta concepción del pecado significa principalmente la embriaguez y la incontinencia sexual, según ya hemos dicho; pero el pecado más grave es la falta en la colaboración con el plan divino; es decir, la falta de cumplimiento a los deberes para con los dioses, o el temor en el combate.

Y claro está que la virtud fundamental en este pueblo religioso y guerrero era el valor, demostrado en el combate, y el estoicismo ante el dolor y la muerte. Por eso aun el *macegual*, el plebeyo, adquiriría rango por el mérito, y el rey podía ennoblerlo haciéndolo caballero.

Pero frente a este ideal imperialista y religioso siempre hay un sentimiento de pesimismo en el fondo del alma azteca; sabe que, a la postre, será vencido su caudillo el Sol; tendrá que sucumbir en medio de terremotos espantosos y entonces triunfarán los poderes del mal. Las estrellas y los planetas, capitaneados por la Luna, bajarán a la tierra, ya no por el tenue hilo de araña por el que de vez en cuando, en los días de mala fortuna, bajan las *tzitzimime*, sino que en innumerables escuadrones de fieras espantosas descenderán del cielo, y las estrellas acabarán con la humanidad.

Por eso para el azteca esta vida no es sino un tránsito; y ese sentimiento de pesimismo y de angustia se manifiesta en su escultura vigorosa y terrible, y también teñido de una profunda tristeza, en su poesía, y así dice:

Sólo venimos a dormir,
sólo venimos a soñar,
no es verdad, no es verdad
que venimos a vivir en la tierra.

En hierba de primavera nos convertimos;
llegan a reverdecer,
llegan a abrir sus corolas nuestros corazones;
pero nuestro cuerpo es como un rosal;
da algunas flores y se seca.

Este profundo sentimiento melancólico contrasta con el enérgico concepto de ser el pueblo elegido; de ahí la contradicción fundamental de la cultura azteca.

Pero si la religión fue para el azteca la fuerza y la causa de su vida; si lo llevó de una a otra costa de los mares e hizo de Tenochtitlán la reina del Anáhuac, también constituyó la limitación fatal de su cultura, como en menor escala lo fue de todas las culturas indígenas de México y Centroamérica.

La fuerza creadora de un pueblo joven tuvo que derivar necesariamente a la creación de obras religiosas, y lo mismo en el arte que en la ciencia, en la organización política y social, y en la filosofía de la vida, la religión que fue impulso se convirtió después en freno, y la creación de obras con fines religiosos ahogó necesariamente la personalidad creadora de los individuos y absorbió todas las posibilidades de desarrollo cultural.

Cuando los sorprendió la Conquista, los aztecas eran un pueblo rudo que no había alcanzado todavía el refinamiento cultural de los mayas, los toltecas, los totonacas o los mixtecas; estaban en plena época de florecimiento, pero las viejas culturas indígenas que habían desaparecido son una muestra elocuente de la esterilidad que alcanzaba al fin a esas grandes civilizaciones, por la falta de un ideal constantemente progresivo, que las hiciera concebir la vida como algo diferente a la repetición, invariable y minuciosa, de las ceremonias para honrar a los dioses.

Para las grandes culturas de Mesoamérica, la invención técnica fue sustituida, en gran parte, por el culto. La idea fundamental es que el hombre no tiene que resolver sus propios problemas, sino rogar a los dioses que los resuelvan y se apiaden de los hombres. Para el indígena mesoamericano, el sacrificio es el medio técnico para hacer que llueva, que el maíz grane, que la enfermedad se acabe, que el padre o el esposo o el hijo regresen salvos de la expedición de guerra o de comercio, que la esposa dé a luz un niño fuerte y vigoroso. El hombre por sí mismo nada puede; su técnica es ineficaz; sólo el sacrificio a los dioses los inclina benévolos para resolver las necesidades humanas.

Esta profunda religiosidad del indio mexicano, que se conserva hasta nuestros días, es el hilo rojo en la trama de su historia; nos permite entender su modo de obrar, indolente unas veces, activo y enérgico otras, pero siempre estoico, porque la vida del hombre, según piensa, depende de la voluntad impenetrable de los dioses.



11) POESÍA RELIGIOSA

Angel M^a Garibay K.⁶⁷

Después de destacar la omnipresencia del elemento religioso en la vida de los antiguos mexicanos, pasa a ocuparse Angel M^a Garibay en el capítulo II de su Historia de la literatura náhuatl de la abundante producción poética directamente relacionada con el culto a los dioses. A su parecer, en las composiciones que se conservan es posible percibir elementos de origen distinto que explican la existencia de un sincretismo religioso vigente durante el periodo azteca.

Los textos que analiza el autor, al principio del capítulo que dedica a la poesía religiosa, se refieren a la diosa madre, invocada de múltiples formas. Las investigaciones de Garibay en este punto abrieron de hecho un nuevo campo de estudio que, por su misma naturaleza, está esencialmente ligado a las informaciones que pueden derivarse de otras fuentes para ahondar en el conocimiento de la religión prehispánica, particularmente los hallazgos de la arqueología y los códices o libros de pinturas.

Con lapidaria precisión resume un conocedor eximio de la cultura antigua de México el significado y trascendencia de la religión en todos los aspectos humanos de la vida, tanto personal como social.

Pláceme trasladar aquí sus palabras, que me tomo la licencia de destacar así en principio:

I. "Tan grande era la importancia que tenía la religión para el pueblo azteca, que podemos decir sin exageración, que su existencia giraba totalmente alrededor de la religión."

II. "No había un solo acto, de la vida pública y privada, que no estuviera teñido por el sentimiento religioso."

III. "La religión era el factor preponderante e intervenía como *causa* hasta en aquellas actividades que nos parecen a nosotros más ajenas al sentimiento religioso, como los deportes, los juegos y la guerra."

⁶⁷ Angel M^a Garibay K., *Historia de la literatura náhuatl*, 2 vols., México, Editorial Porrúa, 1953-1954, t. I, pp. 107-111 y 115-118.

IV. "Regulaba el comercio, la política, la conquista."

V. "Intervenía en todos los actos del individuo, desde que nacía hasta que los sacerdotes quemaban su cadáver y enterraban sus cenizas."

VI. "Era la suprema razón de las acciones individuales y la razón de estado fundamental."⁵⁸

Cada uno de estos apotegmas, deducidos de un estudio hondo y sereno de la realidad antigua, pueden ser puntos de un programa de plena exposición de la vida íntima del nahuatlaco. No es mi oficio aquí intentarlo.

Lo que grita la arqueología y la historia lo clama con mayor razón la poesía. Flor de toda cultura en todas partes, en México va teñida con la sangre de los sacrificios y lleva en torno un eco de la estrepitosa música con que el atabal acallaba el gemir de las víctimas humanas. Si la vida del México antiguo es una obsesión religiosa, es también un vaho de sangre que horripila a los neuróticos de la cultura, que no cierran los ojos ante los nefastos crímenes internacionales de la vida moderna.

Sangre había, y mucha, que descendiendo de las aras, impregnaba mentes y corazones; pero había también aspectos de belleza sin igual, nacidos de una ingenua concepción del mundo, que tampoco dejaba de ser sabiamente compleja y no fácil de captar por cualquiera. Cual flores que brotan en las ruinas de una casa derrumbada y cubierta de horruras, así en los documentos, lo mismo que en las maravillas arqueológicas, hallamos las flores de la belleza religiosa antigua. Lo más sublime en el arte nos lo dan monumentos incontrastables, como la Coatlicue de Tenochtitlán,⁵⁹ o las frías pirámides milenarias. Lo mismo hay que decir en lo tocante a las manifestaciones religiosas, recogidas en la poesía.

Emprendo en este capítulo un examen, somero como tienen que ser todos por la enorme abundancia de materiales y complejidad de problemas que hacen nacer éstos, de la poesía religiosa que conozco. El estudio podría alargarse a ser acaso un libro y no de escaso volumen.⁶⁰ Ceñiré mis observaciones a lo indispensable para dar una idea de conjunto.

⁵⁸ A. Caso, *La Religión de los Aztecas*, Méx., 1936, pp. 55 ss. La división del texto es mía.

⁵⁹ En el Museo de Antropología de México. Procede de la misma ciudad. Esta estatua, que es una de las más perfectas obras de arte de la vieja cultura, es estudiada en un profundo y novedoso estudio por Justino Fernández, el más cuidadoso crítico de arte de México.

⁶⁰ Si me es posible, pienso dar a la luz pública una edición con todos los poemas religiosos que he podido estudiar, y en ella hacer un minucioso estudio de todos los temas que se tratan aquí a la ligera.

1.

La religión antigua en sus prácticas y textos rituales poco difiere de la magia. La línea que las separa es tan tenue y tan débil que fácilmente se borra o se traspasa. Por esto en los textos religiosos muchos hallan más bien fórmulas mágicas. Y es así en verdad. La técnica del ruego con sus insistencias y repeticiones imita la atareada recitación verbal del mago para lograr, apurando a las fuerzas de la naturaleza, la obtención de sus intentos. Pues bien, el mismo tono crepuscular de misterio tiene el ambiente de la poesía. Por ello está ligada íntimamente con la religión: de ella nace y la nutre interminablemente. Si en la religión ha de ir todo el hombre, va lo que es más humano, que no es por cierto la inteligencia pura, ya angélica, sino la emoción, la pasión, el anhelo, el dolor y la entusiasta exaltación... es decir, la poesía. Por esto en todos los rumbos hallamos la poesía en la cuna de las religiones y en su pleno desarrollo, hallamos la fuente de muchos otros géneros de la literatura. Esto es particularmente verdadero en el viejo Anáhuac por las razones propuestas arriba por el Dr. Caso.

Los restos de poesía religiosa, cuyas fuentes vamos a precisar en seguida, atestiguan una complejidad de concepciones del mundo que los demás monumentos confirman en plenitud. Innegable es el hecho de que hay una doble corriente religiosa en la vieja cultura. Se cruza y se entrecruza sin cesar y muy difícil, si no acaso imposible, será deslindar los ámbitos de cada una. Para no invadir terrenos vedados cifraré en estas afirmaciones, a cuya prueba no descendo, lo sustancial tocante a este sincretismo de ideas y sentimientos religiosos.

1) La forma de culto religioso más antigua, según los testimonios arqueológicos, está ligada con la agricultura. Los númenes de la lluvia se llevan la primacía en la adoración de los más antiguos hombres de este territorio. La forma en que se han concretado ellos ha sido su identidad o simbolismo en los dos grandes seres que el hombre primitivo percibe inmediatamente: el sol y la tierra. Naturalmente, el hombre los hace a su imagen y semejanza luego. Por esto el antropomorfismo se impone. Dos deidades: la celeste, unida o identificada con el sol, es masculina; la terrestre, unida o identificada con la tierra, femenina. Ya está dada la doble pareja que pronto se convierte en el Gran Padre y la Gran Madre. Esta primaria concepción religiosa pervive a través de muchas complicaciones y la alcanzamos, al cabo del progreso religioso que interrumpe la conquista española, idéntica a sí misma, aunque sumamente adornada. Con demasiado simplismo quizá podía llamarse esta religión la de los *dioses terrenales*: o como la llamaron los mexicanos, *Tlaloque*, que viene a significar lo mismo.

2) Posteriormente, y de rumbos aún no totalmente definidos por los estudiosos, viene a la Mesa de Anáhuac un culto nuevo. Muy similar al anterior en el fondo, corre el doble peligro de identificarse con él, y de desvanecerse ante la fuerza de su preponderancia. Hay un concepto nuevo atrevidísimo: los hombres son cooperadores de los dioses. El mundo no puede vivir sin los númenes que lo sostienen. Si ellos desmayan, o se emperezan (*ciahuí, tlatzihui*), el mundo sucumbe. Hay que alimentar a los dioses. Su alimento es la sangre humana, *teoatl, xochiatl*, y hay que ofrecerla constantemente y cuanto más abundante, mejor. El numen fundamental es el sol, al cual se llamará a secas *teotl*, el dios,⁶¹ o *ipalnemoani, ipal nemoa, tloque nahuaque*. En él se hallan impersonadas todas las fuerzas universales y su manifestación exterior es el universo material con su complicada concepción de rumbos, colores, direcciones, etc., que marea a los incautos.⁶² Como el sol es causante de las lluvias y ellas base de la próspera agricultura, hallamos un punto de contacto entre las dos concepciones. Con lo cual venimos a la duda de si en efecto es esta segunda concepción una nueva forma de ideación religiosa, o el natural resultado de la milenaria evolución de la faz primeramente descrita. Quede a un lado el debate y su solución, si es que puede darse. A los dioses así concebidos podemos llamarlos *dioses celestes* o en náhuatl *ilhuicaque*, como en efecto se les llamó a veces.

Por vía de método prolongo estas dos fórmulas, para hacer inteligible de mis lectores mucho que en los poemas que se van a estudiar exige suma y cuidadosa exégesis.

Nuestro examen tiene que limitarse a los poemas y no alcanza a los discursos. Muchos que hallamos en el Libro VI de Sahagún, por ejemplo, aunque con un contenido religioso y aun poético, están libres de metro y de las demás características de la poesía náhuatl que he hecho esfuerzo en precisar en el anterior capítulo. Cabe hacer consideraciones sobre este orden de discursos, pero no en este lugar.

También excluyo aquí los poemas de calidad épica o dramática, para dar atención a ellos en su correspondiente capítulo. Los de pura formalidad lírica serán los únicos que en este capítulo tendremos como objeto de estudio.

Adusta majestad envuelve la estatua de Coatlicue de nuestro Museo de Antropología. Es “la obra maestra de la escultura ame-

⁶¹ Clara es la aplicación al sol, y también la hallamos dada a la tierra y al agua. El glifo es un sol para decir *teotl*.

⁶² Vid, el precioso estudio de J. Soustelle, *La Pensée Cosmologique des anciens mexicains*.

ricana”, pero es también la cifra de cuanto puede darnos en sintetismo excelso la concepción de la mentalidad nativa. “La diosa representa al monstruo terrestre dispensador de la vida, pero al cual retornamos para ser descarnado, la deidad que oculta al sol y rezuma las lluvias”.⁶³ Su mole imponente, de dos metros y medio de altura, es un símbolo material de su peso en el alma del mexicano. “Es la escultura más alucinante que concibiera la mentalidad indígena y una obra de arte que no puede juzgarse con los cánones serenos del arte griego o con los elementos piadosos del arte cristiano: la diosa expresa la brutalidad dramática de la religión azteca, su solemnidad y su magnificencia.”

Es todo eso, pero más aún la última palabra, dicha en piedra, de la evolución del México milenario sobre el concepto de la Diosa Madre. Un sentido de maternidad mana de este monstruoso monolito, pero hay un dejo de guerra y de muerte, a través de aquellos corazones y de aquellas serpientes. Hay allí mismo, sacada de las honduras que circuyen la Catedral, otra Coatlicue: aquí las serpientes se han vuelto corazones, y se la ha llamado Yollotlicue, y todavía otra, también de Tenochtitlan o su vecina en que los corazones son mazorcas.

Todos estos aspectos abarcaba la diosa. Nadie ha resumido mejor su múltiple simbolismo que un documento que conservó Torquemada, abreviando y traduciendo, acaso, como él suele.⁶⁴ Hace hablar a la deidad, que dice: “Si vosotros me conocéis por Quilaztli, yo tengo otros cuatro nombres, con que me conozco. El uno es *Cuacihuatl*, que quiere decir “Mujer Culebra”; el otro, *Cuahuicihuatl*, que quiere decir “Mujer Aguila”, el otro *Yaocihuatl*, “Mujer Guerrera”, el cuarto *Tzitzimicihuatl*, que quiere decir “Mujer Infernal”. Y según las propiedades que se incluyen en estos cuatro nombres, veréis quién soy y el poder que tengo y el mal que puedo hacerlos.”

La Mujer, en sus aspectos de madre, de guerrera, de verdugo. Autora de la vida y de la muerte, que acumula en su seno la ternura y el dolor. Esto mismo nos dirán los poemas. México ha sido un pueblo maternalista. Tiene la sed del amor materno. Se traduce en las imágenes de barro de mujeres grávidas que hallamos en los ínfimos sustratos arqueológicos, pero se halla atestiguada también en estos cantos.

La simetría de la estatua de la Coatlicue monumental está perfectamente, casi en forma geométrica, en el poema que viero con la mayor fidelidad: en él hallamos la voz de mando de

⁶³ S. Toscano, *Arte Precolombino*, pp. 274 ss.

⁶⁴ *Monarquía Indiana*, T. I. pp. 80 ss.



una reina, pero la cuidadosa ternura de una madre que impera en el mundo y divide al mundo:

Id a la región de los magueyes salvajes,
para que erijáis una casa de cactus y de magueyes,
y para que coloquéis esteras de cactus y magueyes.

Iréis hacia el rumbo de donde la luz procede (Oriente):
y allí lanzaréis los dardos:
amarilla águila, amarillo tigre, amarilla serpiente,
amarillo conejo y amarillo ciervo.

Iréis hacia el rumbo de donde la muerte viene (= Norte),
también en tierra de estepa habréis de lanzar los dardos:
azul águila, azul tigre, azul serpiente,
azul conejo y azul ciervo.

Y luego iréis hacia la región de sementeras regadas
(= Poniente):
también en tierra de flores habréis de lanzar los dardos:
blanca águila, blanco tigre, blanca serpiente,
blanco conejo y blanco ciervo.

Y luego iréis hacia la región de espinas (= Sur),
también en tierra de espinas habréis de lanzar dardos:
roja águila, roja tigre, roja serpiente,
rojo conejo y rojo ciervo.

Y así que arrojéis los dardos y alcancéis a los dioses,
al amarillo, al azul; al blanco, al rojo:
águila, tigre, serpiente, conejo, ciervo,
luego en la mano poned del dios del tiempo,
del dios antiguo, a tres que habrán de cuidarlo:
Mixcoatl, Tozpan, Ihuitl.⁶⁵

Estas palabras son de Itzpapálotl, numen de los chichimecas, o mejor, nombre que los chichimecas daban al numen materno. Dejada a un lado la comprensión esotérica, no de este lugar, basta a nuestro intento ver el equilibrio de las estrofas y el bello rejuego de los colores simbólicos. La “Mariposa de obsidiana” es la tierra en su personificada maternidad, que en su regazo abarca a vivos y a muertos: para nutrir a los primeros, para transformar a los segundos: En lugar de decir: “Traedme víctimas y sacrificádmelas, arrojándolas al fuego”, que es la suma de lo que el poema expresa, vemos como hace la distribución

⁶⁵ *Anales de Cuauhtitlan*, fol. 1.

por los rumbos del mundo y va mencionando los diferentes géneros de víctimas que aquellas tribus ofrendaban a sus aras, antes de mancillarlas con la sangre humana. Verdad es que un complejo simbolismo se encierra en todo el canto, pero a nosotros aquí nos interesa solamente la belleza literaria. No habrá quien la niegue, así como el artificio para arreglar el poema.

Paralelo casi de este poema es el cuarto de los que recogió Sahagún en Tepepulco.⁶⁶ Es uno de los poemas de la celebración de la Madre de los Dioses, *Teteo innan*, ya sea en la vientena Ochpaniztli, ya en alguna otra solemnidad. Es un nuevo ejemplo de la monótona insistencia en el mismo concepto, apenas variado. Pesado por su repetición viene a resultar el canto, como la representación de la diosa que con su mole aplasta los corazones: Hay una similitud de sentimiento al admirar la Coatlicue o al repetir el poema:

Amarillas flores abrieron la corola.
¡Es Nuestra Madre, la del rostro con máscara!
Tu punto de partida es Tamoanchan.

Amarillas flores son tus flores;
¡Es Nuestra Madre, la del rostro con máscara!
Tu punto de partida es Tamoanchan.

Blancas flores abrieron la corola.
¡Es Nuestra Madre, la del rostro con máscara!
Tu punto de partida es Tamoanchan.

Blancas flores son tus flores:
¡Es Nuestra Madre, la del rostro con máscara!
Tu punto de partida es Tamoanchan.

Probablemente seguía el proceso mencionando las flores con los colores que hemos visto arriba: nos faltarían las flores azules y las rojas. O sea, tendríamos la mención de sólo dos puntos de orientación: Oriente y Poniente.

Las “flores” de que se habla aquí son uno de los casos del doble sentido de los poemas que en el anterior capítulo he mencionado. Significan primeramente las flores de los campos, con que la primavera se descubre a los hombres, con la tierra engalanada por los cuatro rumbos con las galas del renacer de la vida. Significan también la “flor de nuestra carne”, es decir, el maíz que va a dar la vida al hombre, como justamente entiende Selér. Pero significan también las “divinas flores de los sacrificados”, que mucho veremos en los poemas guerreros. La diosa da el sustento, pero exige el tributo.

⁶⁶ *Códice Matritense del Palacio*, f. 275 r.

12) COATLICUE

Justino Fernández ⁶⁷

El análisis y la interpretación que lleva a cabo Justino Fernández del enjambre de símbolos que integran la impresionante escultura de Coatlicue, permiten apreciar la relación esencial de ésta con el pensamiento religioso y cosmológico de los aztecas. Como lo muestra el autor en su trabajo, en la representación plástica de la diosa madre, Coatlicue, se vuelven patentes los atributos del principio cósmico que genera y concibe cuanto existe en el universo. Allí son visibles la orientación cruciforme de los rumbos del universo y el dinamismo de un tiempo en que, a través de la lucha, todo se crea y también se destruye.

El estudio, del que aquí se transcriben algunas páginas, tomadas de su conclusión o parte final, corrobora la importancia de un acercamiento estético a creaciones como ésta de Coatlicue para ahondar en la comprensión de la simbología del pensamiento religioso prehispánico. Con este fin precisamente, el autor tomó en cuenta, a lo largo de todo su trabajo, diversos testimonios de las fuentes indígenas, los textos y códices.

La mitogonía y la mitología eran las formas del origen y del funcionamiento del cosmos azteca y no al revés; eran su ser mismo. Por eso fue aquella naturaleza divina la que tenían que expresar en la obra concreta, en el arte, en la cual los símbolos se refieren también al movimiento, todo ello por medio de un lenguaje de signos suficientemente precisos, cuya ambigüedad proviene más bien de la variedad de significaciones de los mitos —lo que explica la estrecha relación de unos con otros, puesto que se trata de un sistema— y de la variedad de significaciones de lo que para nosotros es un solo objeto, lo que explica la objetivación de diversos momentos del movimiento. Es el movimiento mismo lo que más radicalmente interesaba a los aztecas.

La relación entre el lenguaje náhuatl y las formas de las obras de arte también es estrecha; Soustelle, refiriéndose a aquél.

⁶⁷ Justino Fernández, *Coatlicue. Estética del arte indígena antiguo*. México, Instituto de Investigaciones Estéticas, 1959, pp. 244-253.

dice ⁶⁸ que puede caracterizarse como un instrumento de transmisión de asociaciones tradicionales, y habla de *enjambres de imágenes*. Y ¿qué otro sentido tiene *Coatllicue* sino ése?

Ahora bien, lo que llamamos “obra de arte” era para el azteca, seguramente, el dios o los dioses mismos, en donde encontramos el sentido mágico de la expresión de los mitos objetivados en la obra concreta, visible y palpable, sensible, comprensible e imaginable; todo lo cual lo es también para nosotros, mas para el azteca era fundamentalmente objeto de creencia y de adoración. Como nosotros no somos creyentes de esos mitos, su objetivación se nos convierte en obra de arte, por eso se encuentra *Coatllicue* en el museo como objeto de admiración y de interés teórico e histórico, y no en el templo, como objeto sagrado y adorable.

Tener allí en el objeto de la creencia y de la adoración a los dioses de bulto, visibles y palpables, era tanto como *tener* el cosmos mismo, era tanto como *tener* la mitología en un puño, el *ser* de los dioses; era tanto como *estar en relación* directa y real con ellos.

Y estar en relación con los dioses era estar ligados o religados a ellos, era ser religioso, era vivir la religión religiosamente, por eso los ritos y las prácticas esenciales al mantenimiento de los dioses, del cosmos, permeaban la vida, la existencia humana por entero, en una relación o religación estrechísima, en una participación esencial. Por eso en *Coatllicue* las serpientes de su falda rodean a la deidad pendientes o dependientes del principio dual divino; así los hombres estaban pendientes de los dioses, verdadera y religiosamente dependientes de ellos.

Que *Coatllicue* es toda una cosmovisión mitificada, de acuerdo con la interpretación que hemos dado a sus formas, lo muestra la mitografía que encontramos en ella y si, haciéndola de mitólogos, formáramos el inventario escueto de sus significaciones, equivaldría a una letanía, en la cual se encuentran mezclados caracteres femeninos y masculinos de los dioses, lugares sagrados y sentidos vitales que pudieran parecer disparatados a primera vista, pero que sin embargo, componen en conjunto un sistema cósmico-mitológico.⁶⁹ Mas, en resumidas cuentas y una vez que lo anterior se nos ha revelado, lo que interesa es la concepción mitológica, es decir la visión humana, sentida, pensada e imaginada del cosmos, que incluye a los dioses, al hombre y a todos los seres creados; por eso en adelante hablaremos más propiamente y en sentido humano auténtico, es decir, no material ni

⁶⁸ Soustelle, *La pensée cosmologique des anciens mexicains*, p. 9.

⁶⁹ Caso, A., *La religión de los aztecas*, México, 1936.

naturalista, del *mundo* y de la *mundivisión* aztecas. Fue esto lo que vivieron como verdad.

Cuanto se ha dicho hasta aquí en relación con *Coatlicue* ha tenido por objeto investigar en su mitografía para comprender el sentido de sus formas. Ahora bien, por lo expuesto ha quedado patente que expresa simbólicamente, en abstracta síntesis, la visión del mundo que alcanzó a formarse la cultura, la conciencia azteca; hemos llegado, pues, al sentido que tiene *Coatlicue* como obra de arte. Mas no es suficiente eso para nuestro propósito, y así lo importante ahora es encontrar el *ser* histórico de la *mundivisión* azteca, es decir: el *ser* de los dioses y el *ser* de la existencia humana, ambos en relación esencial, para llegar a comprender el *ser* histórico de la belleza de *Coatlicue*, que es nuestro objetivo final.

Los aztecas vivieron el principio del movimiento en los dioses, en la vida, en el hombre y en todo ser generado por ellos, por eso su cultura y su arte tienen un sentido dinámico, tras de un aparente estatismo. El ser de su mundivisión es dinámico. Mas hay que aprehender el sentido profundo de ese dinamismo, hay que comprender cómo lo sintieron, pensaron e imaginaron, y para eso hay que volver a *Coatlicue*, para no apartarnos de nuestro punto de partida y de llegada.

La estructura "piramidal" de *Coatlicue*, cuya diagonal trasera (o hipotenusa del triángulo rectángulo, como más arriba ha sido explicado) da un sentido dinámico a una de las formas estructurales de la escultura, ha quedado interpretada como la estructura de los "trece cielos" sobrepuestos y escalonados del espacio mítico azteca. Hay que recordar que el gran colgaje de trece trenzas de cuero se encuentra precisamente en esa parte trasera.

De abajo a arriba, de la tierra plana y central hacia el zenit, los trece cielos⁷⁰ corresponden a: las estrellas; los *Tzitzimine*, monstruos esqueléticos que se desencadenarán sobre el mundo cuando nuestro sol perezca, convirtiéndose en vivientes; los "cuatrocientos", o innumerables seres creados por *Tezcatlipoca* y encargados de cuidar a los dioses; los pájaros preciosos o almas de guerreros sacrificados y transformados en ellos; las "serpientes de fuego", o sean los meteoros y cometas, que se tenían por presagios; los vientos; el polvo; los dioses. Los últimos cinco cielos superiores estaban reservados al principio dual o pareja divina.

El 13 era el número supremo del calendario y tenía el sentido de embarazo y, diríase que, de alumbramiento, pues había cumplido la secuencia de los días, la cuenta, para comenzar de nuevo por el 1, si bien eran 20 los signos de los días que se repetían

⁷⁰ Soustelle, *op. cit.*, pp. 30-31.



Coatlicue, la diosa madre, escultura azteca. Museo Nacional de Antropología.—Foto INAH.

13 veces hasta completar los 260 días, o sea el año divinadorio o *tonalámatl*. Soustelle dice⁷¹ que la superposición de dioses está calcada de la sucesión de los días y que el 13 expresa tanto el conjunto de espacios como el conjunto de tiempos. Pues bien, si así es, la dinamicidad de la estructura “piramidal” de *Coatlicue* expresa adecuadamente “el conjunto de espacios” y “el conjunto de tiempos”, es decir, el movimiento, la dinamicidad cronológica.

En cuanto a la estructura cruciforme de *Coatlicue*, vista de frente o por detrás, ha quedado interpretada como la imagen o referencia de las cuatro direcciones cardinales. *El mundo está construido sobre una cruz, sobre el cruce de caminos que conducen del Este al Oeste y del Norte al Sur. La cruz era el símbolo del mundo en su totalidad...* dice Soustelle,⁷² y por eso el número 4 tiene gran importancia en la mitología y el ritual aztecas. Cada una de las cuatro direcciones se identificaba con una región geográfica y con la historia mitificada, con los vientos, los dioses y sus actividades; cada región tenía sus características y propiedades, que son también las de los tiempos correspondientes. Todas las representaciones cobraban sentido en la práctica divinadora por el *tonalámatl*, el calendario sacerdotal; a cada uno de los 4 puntos cardinales se liga un grupo de 5 signos de días, un grupo de 5 “semanas” de 13 días, un grupo de años.⁷³ Así pues, esta identificación de los espacios cardinales y de los tiempos les da a aquéllos también un sentido dinámico, por la cronología. Por otra parte, es natural que no conociendo los límites extremos de las regiones o espacios cardinales tuvieran éstos un sentido de dinamismo hacia lo desconocido: el misterio. Porque el centro, “el cruce de caminos”, también significaba el cruzamiento de lo alto y lo bajo, que era la quinta dirección, con lo cual quedaba completa la concepción dinámica del espacio en total. Y en el centro se encontraba *Xiuhtecuhtli*, “el señor viejo”, el fuego, al cual el dinamismo le es consubstancial.

Que las cuatro direcciones cardinales tengan caracteres y deidades antitéticos, sin que obste para que tengan otros análogos entre sí, conviene a la concepción azteca fundamental de elementos contrarios. Y como contrarios se veía: a *Quetzalcóatl*, dios de la vegetación tierna, asociado a las nociones de resurrección, fertilidad, juventud y luz, el sol del levante y la estrella matutina; a *Tezcatlipoca*, dios de la noche, de la obscuridad, del frío, de la sequía, de la guerra y de la muerte; a *Huitzilopochtli*, dios solar guerrero, el sol de mediodía, de la luz y el calor, del fuego

⁷¹ *Ibid.*, p. 80.

⁷² Soustelle, *op. cit.*, p. 76.

⁷³ *Ibid.*, p. 58.

y del clima tropical; a *Coatlicue*, diosa de la tierra, del nacimiento y de la vejez, misterio del origen y del fin, antigüedad y feminidad.

Soustelle concluye así:

...el pensamiento cosmológico mexicano no distingue radicalmente el espacio y los tiempos; sobre todo, se rehusa a concebir el espacio como un medio neutro y homogéneo independiente del desarrollo y de la duración... No hay para él un espacio y un tiempo, sino espacios-tiempos donde están sumergidos los fenómenos naturales y los actos humanos... La ley del mundo es la alternación de distintas cualidades, netamente separadas, que dominan, se desvanecen y reaparecen eternamente.⁷⁴

Por lo tanto no importa que los cielos y las regiones cardinales fuesen concebidos como sitios caracterizados; lo importante es que al formar unidad indistinta con los tiempos, todo venía a tener una dinamicidad radical.

Y dinámica era la existencia humana en servicio de los dioses, en la guerra necesaria para su mantenimiento, por medio del sacrificio, del líquido precioso, de la sangre. Por eso la tercera estructura "humana" de *Coatlicue* incorpora, por decirlo así, al hombre, al sistema mitológico de la mundivisión azteca.

En la primera zona, la más baja, de *Coatlicue* ya encontramos a ésta como parturienta, mas también como varón y revestida con las plumas del Aguila, del Sol, de *Huitzilopochtli*, lo que le da carácter de guerrera. Y *Huitzilopochtli*, el Aguila, el Sol, es el guerrero por excelencia que cae, muere y es recogido por la tierra para ir a alumbrar el mundo de los muertos, convertido en *Mictlantecuhtli*; mas tiene que pelear en la noche con los dos escuadrones: los *Centzon-Mimixco*, y los *Centzon-Huitznahua*, las estrellas, para vencer por la mañana. Era la lucha de contrarios, la guerra, el motor del movimiento. Ya Westheim había observado, recordando a Heráclito, que la guerra es origen de todas las cosas.

Así, alcanzamos la segunda zona de *Coatlicue*, y en ella el género humano, pendiente del principio dual o pareja divina, la circunda cual falda; allí también los *Centzon-Mimixco* y los *Centzon-Huitznahua* escalan el cielo nocturno guerreando con *Huitzilopochtli*, por eso está ahí el escudo de éste. Por último, los "cráneos", anterior y posterior, significan ese estado entre la vida y la muerte; asimismo el colgaje, los guerreros nocturnos, se encuentra desde el cráneo hasta el símbolo del alumbramiento.

⁷⁴ *Ibid.*, p. 85.

Todos, pues, elementos contrarios y en lucha, movimiento generador de la vida y la muerte, heroica y religiosa.

En la tercera zona de *Coatlicue* dos estrellas lucen por manos, *Quetzalcóatl*, como astro matutino, y *Xólotl*, como vespertino. Y el recuerdo del monstruo de la tierra en las garras o colmillos de las articulaciones de hombros y codos, vueltos sobre sí, como dos contrarios. *Xipe*, la renovación, la primavera, tomando el lugar de la caducidad, su contraria, forma el “tórax” femenino, que se adereza con los que combaten valientes en la guerra —el collar de manos y corazones— y con el “cráneo” frontal en el centro, con el signo de la vida y la muerte, sobre el lugar que ocupa *Xiuhtecuhtli*, “el señor viejo”, el fuego. Así, este otro grupo de contrarios combatientes se pone en juego y los hombres valientes en la guerra alcanzan el último sentido de su destino.

Por último, en la cuarta y última zona de *Coatlicue*, que corresponde a los últimos cinco cielos, a *Omeyocan*, encontramos la referencia a la Luna, por medio del símbolo de la decapitación, y en la cumbre, supremos, arrogantes y dominantes, vueltos sobre sí, contrarios y complementarios, *Ometecuhtli* y *Omeihuatl*, la pareja divina, el principio dual, origen de la generación. Todo nace así de la lucha de los contrarios, de la guerra.

Según la anterior interpretación, la mundivisión azteca y su mitificación tienen un dinamismo radical y fue el sentido del movimiento astral y vital lo que constituyó su mitología. La explicación, si cabe, que pudieron darse del principio de todo lo creado fue la lucha, la guerra de contrarios. El movimiento generador como lucha, la contrariedad como guerra, eso es el ser, el existir. El ser de la existencia de los dioses es: *ser guerrero*. Y el hombre no podía menos de ser semejante a los dioses, por eso su actividad fundamental es la guerra, que lleva el sacrificio de la vida, como vía de divinización, y como fin el mantenimiento de los dioses. Así, el ser de la existencia de los hombres es también *ser guerrero*. Pudiera decirse que el ser divino y humano tiene por signo el *Atl-tlachinolli*, el signo de la guerra sagrada. Por eso la *Xochiyaoyotl*, la “guerra florida”, fue fundamental, necesaria para la cultura azteca. El lugar del origen mítico del hombre era *Tamoanchan*, o *Xochitliacocan*, “donde están las flores”; la diosa de las flores y del amor era *Xochiquetzal*⁷⁵ y el dios de las flores *Xochipilli*.⁷⁶ Las flores eran, pues, objetos preciosos, como las plumas, y están en relación con los dioses y con la guerra sagrada, que por eso es florida, pues la flor de ella por excelencia es el corazón humano ofrendado a las divinidades, podríamos decir, a las preciosidades,

⁷⁵ Sahagún, edición de 1938, t. V, pp. 98 y ss.

⁷⁶ *Ibid.*, t. V, pp. 90 y ss.



mantenidas y revestidas por lo más precioso: la substancia mágica de la vida misma, la sangre, el “líquido precioso”, el *chalchihuatl*.

El Aguila, el Aguila *Quilaztli*, la pintada con sangre de serpientes
... Nuestra madre la guerra... ¡sean arrastrados hombres cautivos; perezca el país entero! ... oh, el que combate valiente en la guerra, ése es vuestro aderezo.⁷⁷

Coatlicue, pues, se nos ha revelado; ha quedado patente su realidad de verdad, su: *ser guerrero*, salido de la ocultación en que se encontraba desde que el escultor azteca lo puso en forma estable de manifestarse en la obra sagrada. Mas, por no creer ya en esos mitos, hemos tenido que ir desvelando a *Coatlicue* para que nos manifestase su ser en lo que para nosotros es una obra de arte.

Razón tuvo El Conquistador Anónimo cuando dijo:

Es una de las cosas más bellas del mundo verlos en la guerra por sus escuadrones, porque van con maravilloso orden y muy galanes, y parecen tan bien, que no hay más que ver... tienen capitanes generales, y además otros capitanes particulares de *cuatrocientos* y de *doscientos* hombres... Acostumbraban por lo regular gratificar y pagar muy bien a los que sirven con valor en la guerra... A este que así se ha distinguido le hacen una señal en el cabello, para que sea conocido por su hazaña...⁷⁸

En la guerra, sin duda, se encontraba la perfección del ser guerrero; era guerra sagrada, florida, por eso debía tener un “maravilloso orden” y galanura y valentía. El Anónimo, que fue el único conquistador con verdadero sentido estético, supo descubrir la belleza del azteca en la guerra; y es de advertir que los escuadrones se componían de *cuatrocientos* y de *doscientos* hombres, cifras simbólicas y sagradas. Los guerreros se organizaban religiosa y bellamente. La belleza, la religión y la guerra formaban unidad indivisible.

¿Cuál o cómo es, pues, el ser de la belleza de *Coatlicue*? Ahora podemos contestar a tal cuestión de manera que ya no será sorpresa: el ser de la belleza de *Coatlicue* es el *ser guerrero*.

No era, ciertamente, una belleza que divirtiera de lo que más

⁷⁷ Tomado del “Himno a Cihuacoatl”.

⁷⁸ Conquistador Anónimo, *Relación de algunas cosas de la Nueva España y de la gran Temistitan*, México, Edición Alcanía. 1938.

importaba, del interés radical, de la vida. Era la belleza central en la cultura azteca y era belleza dinámica en su ser. Era una belleza que daba sentido y justificación a la vida y a la muerte, puesto que se vivía para morir y se moría para vivir, para mantener un orden dinámico al fin y al cabo provisional, ya que, como otras veces, el “quinto sol”, o el mundo presente, sería también aniquilado a la postre. Era la belleza guerrera la que iluminaba un mundo espiritual angustiado en la vida, mas asegurado por la muerte heroica del guerrero y de la madre encinta, quienes renacían en formas nuevas. Por eso el estado peculiar de la belleza de *Coatllicue* es: entre la vida y la muerte, y por ello nos emociona su fuerza dramática, trágica, solemne, dinámica e inflexible como el sentido último de la vida, de la muerte: la moribundez, que lo era y lo es tanto de los hombres como de los astros y de los dioses. Y como en el clásico español de tiempos posteriores, el azteca dudó de la realidad de verdad de la existencia en este mundo y sintió, pensó e imaginó que la vida era sueño... y los sueños, sueños son:

Sólo venimos a dormir, sólo venimos a soñar:
no es verdad, no es verdad que venimos a vivir en la tierra.
En yerba de primavera venimos a convertirnos:
llegan a reverdecer, llegan a abrir sus corolas nuestros corazones,
es una flor nuestro cuerpo: da algunas flores y se seca.⁷⁹

Los aztecas vivieron sus mitos como la última y verdadera realidad y eso le da a su cultura un profundo sentido espiritual. El ser de la cultura, de la belleza azteca no era semilla de su autodestrucción, por el contrario fue el que llevó a ese pueblo a un rápido engrandecimiento; ser lo que eran bellamente era su fortaleza espiritual y lo que fueron hasta el último instante. Su destrucción vino de afuera, cuando en su última guerra, con otros hombres bajo un signo diverso, quedaron vencidos. Entonces fue, en realidad, cuando dejaron de soñar, cuando la flor de su cuerpo quedó seca.

Con la aparición de *La Filosofía Náhuatl*, estudiada en sus fuentes, de Miguel León Portilla (primera edición, México, 1956. Ediciones especiales del Instituto Indigenista Interamericano. Segunda edición, México, 1959. Instituto de Historia: Seminario de Cultura Náhuatl. Universidad Nacional Autónoma de México. Traducción al inglés, *Náhuatl Philosophy, studied at its sources*. Norman, 1959. University of Oklahoma Press), se

⁷⁹ Garibay K., Angel M^o, *Poesía indígena de la altiplanicie*, México, 1940, p. 165.

ha venido a poner de manifiesto una nueva dirección del pensamiento náhuatl, que León Portilla ha llamado propiamente la filosofía de “flor y canto”, de la cual no se tenía conocimiento.

León Portilla nos ha descubierto la existencia de filósofos o *tlamatinime*, hombres preocupados por el misterio del “más allá” y del “más acá”, a quienes no satisfacían las soluciones dadas por la concepción mítico-religioso-guerrera establecida. Así, se preguntaban: *Sobre la tierra ¿caso puedes ir en pos de algo? ¿A dónde iremos? ¿Aquí he venido sólo a obrar en vano? ¿Se llevan las flores a la región de la muerte? ¿Estamos allá muertos o vivos aún? ¿Dónde está el lugar de la luz, pues se oculta el que da la vida?* Preguntas que ponen en cuestión el sentido o razón de la existencia en esta tierra y que expresan la desconfianza respecto de los mitos sobre el “más allá”, como apunta León Portilla; así, la pregunta final se imponía: *¿Qué está por ventura en pie?* La contestación que se dieron nació del escepticismo, pues lo único que encontramos que “está en pie” fueron “los cantos y las flores” (entendidos como signos metafóricos del quehacer y del imaginar, imaginar uno o varios dioses y ofrecerles cantos y flores), esto es, a decir de León Portilla: *lo único verdadero en la tierra*. Solución, si puede llamarse, que proviene de la certeza de la imposibilidad de explicar racionalmente el “más allá” y el “más acá”, resignándose a un esteticismo curativo de la sin razón de la existencia, consolador en algún grado.

Tal es, según la entiendo, la novedosa aportación de León Portilla, quien ha venido a descubrirnos que frente a la concepción cosmológica mítico-religioso-guerrera, que se había impuesto con evidente buen éxito popular desde la reforma llevada a cabo en tiempos de Itzcóatl —o de Tlacaélel, personalidad que se ha revelado como de gran importancia y desde cuya intervención “dio principio la gloria del *Mexica-Tenóchtli*”⁸⁰ —existió otra más, de tipo filosófico, escéptico y estético, y aun otras, puesto que aquellos hombres pensaban sus problemas con profundidad.

⁸⁰ León-Portilla, *Siete ensayos sobre cultura náhuatl*, México, 1958, p. 117.



13) INTERPRETACIÓN DEL PENSAMIENTO DE NEZAHUALCÓYOTL

Miguel León-Portilla ⁸¹

El autor del presente trabajo se ha ocupado en estudiar distintos textos indígenas en los que puede percibirse la existencia de un pensamiento que se planteó problemas acerca de la divinidad, el universo y el destino del hombre en la tierra. En su libro, La filosofía náhuatl estudiada en sus fuentes (tercera edición, México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1966), investigó los aspectos más sobresalientes en la problemática del pensamiento de los antiguos mexicanos. Las páginas que aquí se transcriben proceden de otra obra suya, Trece poetas del mundo azteca. En ella, sobre la base del análisis de las composiciones que con fundamento pueden atribuirse a Nezahualcóyotl, intenta una reconstrucción de lo que parecen haber sido la trayectoria y el sentido del pensamiento del sabio señor tetzcoano.

Punto de partida en el pensamiento de Nezahualcóyotl parece haber sido su profunda experiencia del cambio y del tiempo, en lengua náhuatl, *cáhuil*, “lo que nos va dejando”. Todo en *tlalticpac*, “sobre la tierra”, es transitorio, aparece un poco aquí, para luego desgarrarse y desvanecerse para siempre. Oigamos la expresión misma de Nezahualcóyotl:

Yo Nezahualcóyotl lo pregunto:
¿Acaso de veras se vive con raíz en la tierra?
No para siempre en la tierra:
sólo un poco aquí.
Aunque sea de jade se quiebra,
aunque sea oro se rompe,
aunque sea plumaje de quetzal se desgarrar.
No para siempre en la tierra:
sólo un poco aquí.⁸²

⁸¹ Miguel León-Portilla, *Trece poetas del mundo azteca*, México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1967, pp. 49-56.

⁸² Ms. *Cantares mexicanos*, fol. 17 r.

Si el jade y el oro se quiebran y rompen, los rostros y corazones, más frágiles aún, por muy nobles que hayan sido, como flores habrán de secarse y cual si fueran pinturas quedarán borrados:

Percibo lo secreto, lo oculto:
¡Oh vosotros señores!
Así somos,
somos mortales,
de cuatro en cuatro nosotros los hombres,
todos habremos de irnos,
todos habremos de morir en la tierra...
Como una pintura
nos iremos borrando.
Como una flor,
nos iremos secando
aquí sobre la tierra.
Como vestidura de plumaje de ave zacuán,
de la preciosa ave de cuello de hule,
nos iremos acabando...
Meditadlo, señores,
águilas y tigres,
aunque fuérais de jade,
aunque fuérais de oro
también allá iréis,
al lugar de los descarnados...
Tendremos que desaparecer,
nadie habrá de quedar.⁸³

La persuasión de que en la tierra sólo por breve tiempo dura la reunión de los rostros y corazones es raíz de la tristeza, pero también principio de nuevas formas de pensamiento es el ánimo de Nezahualcóyotl:

Estoy embriagado, lloro, me aflijo,
pienso, digo,
en mi interior lo encuentro:
si yo nunca muriera,
si nunca desapareciera.
Allá donde no hay muerte,
allá donde ella es conquistada,
que allá vaya yo.
Si yo nunca muriera,
si yo nunca desapareciera.⁸⁴

⁸³ Ms. *Romances de los señores de Nueva España*, fol. 36 r.

⁸⁴ Ms. *Cantares mexicanos*, fol. 17 v.

Las doctrinas religiosas, aceptadas por el estado y por el pueblo, acerca de la supervivencia de los guerreros como compañeros del sol, o de una vida feliz en los jardines de Tláloc, o teniendo que hacer frente a peligros y pruebas en las moradas inferiores del *Mictlan*, la región de los muertos, eran ya objeto de duda en el pensamiento de no pocos *tlamatinime*. Nezahualcóyotl, recordando conceptos antiguos, tal vez de origen tolteca, expresa su duda preguntándose a dónde hay que ir, o qué sabiduría hay que encontrar para llegar a *Quenonamican*, “donde de algún modo se vive”, a *can on ayac micohua* a “donde la muerte no existe”:

¿A dónde iremos
donde la muerte no existe?
Mas, ¿por esto viviré llorando?
Que tu corazón se enderece:
aquí nadie vivirá para siempre.
Aun los príncipes a morir vinieron,
hay incineramiento de gente.
Que tu corazón se enderece:
aquí nadie vivirá para siempre.⁸⁵

Nezahualcóyotl mismo enderezó su corazón, lo que equivale a decir, entendiendo la connotación náhuatl de *yóllotl* (corazón), que dio un sentido a *su movilidad*, a su núcleo dinámico: Fortalecido el corazón, Nezahualcóyotl afirma haber descubierto el significado profundo de “flor y canto”, expresión náhuatl del arte y el símbolo, para poder acercarse gracias a él, desde *tlalticpac* (desde la tierra), a la realidad de “lo que está sobre nosotros y la región de los dioses y de los muertos”. Cuatro líneas magistrales dan testimonio de su descubrimiento:

Por fin lo comprende mi corazón:
escucho un canto,
contemplo una flor...
¡Ojalá no se marchiten!⁸⁶

El corazón que ha comprendido al fin cuál ha de ser su camino, desea entonces hallar los cantos y flores que nunca perecen. Nezahualcóyotl no caerá de nuevo en la duda. Su corazón habrá de encontrar flores y cantos con vida y raíz. Probablemente, por esto, dejó dicho:

⁸⁵ *Ibid.*, fol. 70 r.

⁸⁶ Ms. *Romances de los señores de la Nueva España*, fol. 19 v.

No acabarán mis flores,
no cesarán mis cantos.
Yo cantor los elevo,
se reparten, se esparcen.
Aun cuando las flores
se marchitan y amarillecen,
serán llevadas allá,
al interior de la casa
del ave de plumas de oro.⁸⁷

Y es que, como él mismo lo apunta, el corazón de quien ha descubierto flores y cantos ha nacido para cantar, tiene su casa en la primavera que nunca termina, puede en fin acercarse al misterio de los dioses y los muertos. El sabio señor de Tezcoco, conocedor de las doctrinas toltecas, hizo objeto de su meditación el tema de *Tloque Nahuaque*, el Dueño de la cercanía y la proximidad, que es también *Moyocoyatzin*, el que se está inventando a sí mismo. Por los senderos de flor y canto expresó su pensamiento acerca de “quien es como la noche y el viento”, el Dador de la vida, que en su libro de pinturas ha hecho el boceto de nuestros rostros y corazones, el arbitrario inventor que también escribe y dibuja con flores y cantos:

Con flores escribes, Dador de la vida,
con cantos das color,
con cantos sombreas
a los que han de vivir en la tierra.
Después destruirás a águilas y tigres,
sólo en tu libro de pinturas vivimos,
aquí sobre la tierra.
Con tinta negra borrarás
lo que fue la hermandad,
la comunidad, la nobleza.
Tú sombreas a los que han de vivir en la tierra.⁸⁸

El rostro y el corazón del hombre en la tierra está cerca y lejos de *Moyocoyatzin*, el inventor de sí mismo. Es cierto que águilas y tigres, hermandad y nobleza existen en el libro de pinturas del Dueño del cerca y del junto. Mas, a pesar de esto, el supremo Dador de la vida, como noche y viento que es para el hombre, permanece oculto e inalcanzable. El pensamiento de Nezahualcóyotl ahondando en el misterio, se dirige a *Tloque Nahuaque*, expresando precisamente esta imposibilidad de acercarse a él:

⁸⁷ Ms. *Colección de cantares mexicanos*, fol. 16 v.

⁸⁸ Ms. *Romances de los señores de Nueva España*, fol. 35 r.

Sólo allá en el interior del cielo
Tú inventas tu palabra,
¡Dador de la vida!
¿Qué determinarás?
¿Tendrás fastidio aquí?
¿Ocultarás tu fama y tu gloria en la tierra?
¿Qué determinarás?
Nadie puede ser amigo
del Dador de la vida...
¿A dónde pues iremos...?
Enderezáos, que todos
tendremos que ir al lugar del misterio...⁸⁹

No obstante haber afirmado que “nadie puede decirse o ser amigo del Dador de la vida”, Nezahualcóyotl continuó tenazmente su búsqueda. Muchas son las flores y los cantos de sus textos acerca de la divinidad que podríamos aducir aquí. Ofrecemos sólo dos testimonios más. El primero es expresión de preguntas, casi diríamos dudas, sobre la realidad y raíz de quien en sí mismo inventa su palabra y da ser en su misterioso libro de pinturas:

¿Eres tú verdadero (tienes raíz)?
Sólo quien todas las cosas domina,
el Dador de la vida.
¿Es esto verdad?
¿Acaso no lo es, como dicen?
¡Que nuestros corazones
no tengan tormento!
Todo lo que es verdadero,
(lo que tiene raíz),
dicen que no es verdadero
(que no tiene raíz).
El Dador de la vida
sólo se muestra arbitrario.

¡Que nuestros corazones
no tengan tormento!
Porque él es el Dador de la vida.⁹⁰

Por encima de las dudas y del misterio que circundan al Dador de la vida, es menester aceptar su realidad. Esto es lo único que da tranquilidad y raíz al corazón. Tal parece ser la conclusión a que llegó Nezahualcóyotl en su esfuerzo por acercarse al misterio de lo divino. Si *Tloque Nahuaque* es arbi-

⁸⁹ Ms. *Cantares mexicanos*, fol. 13 v.

⁹⁰ Ms. *Romances de los señores de la Nueva España*, fols. 19 v. y 20 r.



trario e incomprensible, es también el Dador de la vida en cuyo libro de pinturas existimos. Los rostros humanos deben aceptar el misterio; deben invocar y alabar a *Tloque Nahuaque*. Así se puede vivir en la tierra.

Las flores y los cantos, el arte, creación la más humana del hombre, son el camino para acercarse. Al parecer, el mismo Dador de la vida con sus propias flores y cantos, quiso embriagarnos aquí. El siguiente texto de Nezahualcóyotl aparece, desde este punto de vista, como la síntesis final de su pensamiento:

No en parte alguna puede estar la casa del inventor de sí mismo,
Dios, el señor nuestro, por todas partes es invocado,
por todas partes es también venerado.
Se busca su gloria, su fama en la tierra.
Él es quien inventa las cosas,
él es quien se inventa a sí mismo: Dios.
Por todas partes es invocado,
por todas partes es también venerado.
Se busca su gloria, su fama en la tierra.

Nadie puede aquí,
nadie puede ser amigo
del Dador de la vida;
sólo es invocado,
a su lado,
junto a él,
se puede vivir en la tierra.

El que lo encuentra,
tan sólo sabe bien esto: él es invocado,
a su lado, junto a él,
se puede vivir en la tierra.

Nadie en verdad
es tu amigo,
¡oh Dador de la vida!
Sólo como si entre las flores
buscáramos a alguien,
así te buscamos,
nosotros que vivimos en la tierra,
mientras estamos a tu lado.
Se hastiará tu corazón,
sólo por poco tiempo
estaremos junto a tí y a tu lado.

Nos enloquece el Dador de la vida,
nos embriaga aquí.

Nadie puede estar acaso a su lado,
tener éxito, reinar en la tierra.

Sólo tú alteras las cosas,
como lo sabe nuestro corazón:
nadie puede estar acaso a su lado,
tener éxito, reinar en la tierra.⁹¹

Quien tenga por pesimista la conclusión a que llegó Nezahualcóyotl, debe tener presente la que podría describirse como dialéctica interna de su pensamiento: afirma que nadie puede ser amigo del Dador de la vida, que nadie puede estar acaso a su lado en la tierra, pero al mismo tiempo sostiene que es destino humano buscarlo, como quien entre las flores va en pos de alguien. El que lo invoca, el que lo busca, podrá vivir en la tierra. Podrá incluso decir que se encuentra a su lado, junto a él, precisamente porque él es Dueño de la cercanía y la proximidad. El pensamiento puro lleva probablemente a la duda: “¿eres tú verdadero, tienes raíz?” Porque, “todo lo que es verdadero, dicen que no es verdadero...”

Mas, esta idea, la imposibilidad de comprender la raíz del que sólo se muestra arbitrario, hace sufrir al corazón. Invocar, en cambio, a *Tloque Nahuaque*, parece ya haberlo encontrado, da descanso y hace posible existir en la tierra. Persuadido Nezahualcóyotl de que no acabarán sus flores y cantos, confía y reposa en esta postrer conclusión: el Dador de la vida tal vez nos embriaga; nosotros lo seguimos buscando “como si entre las flores buscáramos a alguien”.

Las ideas expuestas, con base en estos poemas atribuidos fundadamente al príncipe sabio Nezahualcóyotl, constituyen un primer intento de comprensión de su pensamiento. Amerita éste un estudio mucho más amplio, literario y filosófico a la vez, en el que se incluyan todas aquellas composiciones y discursos que, después de cuidadosa crítica documental, puedan tenerse por suyos. Acabará de verse así que, si en su obra hay elementos, ideas y metáforas, que fueron patrimonio en común de quienes cultivaron la poesía en los tiempos prehispánicos, hay también enfoques y sobre todo una trayectoria de pensamiento que son reflejo inconfundible de su propia persona...

⁹¹ *Ibid.*, fols. 4 v. y 5 v.



14) SENTIDO MÁGICO O RELIGIOSO DE LOS SACRIFICIOS EN EL MÉXICO ANTIGUO

Alfredo López Austin ⁹²

Tomando como base de su investigación los textos nahuas de los informantes de Sahagún, Alfredo López Austin se propone el problema de la naturaleza mágica o religiosa de los sacrificios y ceremonias a lo largo de las dieciocho veintenas del calendario prehispánico. Sin llegar a una respuesta definitiva, admite el autor la posibilidad de interpretaciones distintas, mágicas o religiosas, en determinados casos.

Obró intensamente este hombre [el hombre náhuatl], como pocos, vinculado a su mundo sobrenatural. El problema es determinar su actitud, cuál fue su relación racional y emotiva con el mundo de lo superior. Algunos puntos son muy oscuros. Un ejemplo... es el de la interpretación del significado de los que hemos llamado tradicionalmente sacrificios humanos. Decimos, por un lado, que se creía dar con la sangre el sustento a los dioses para sostener así la vida de todo el universo, y por otra parte afirmamos que los hombres inmolados en la piedra del sacrificio no fueron considerados ya verdaderamente humanos, sino divinos. Las dos afirmaciones son contradictorias: o se mataban hombres para alimentar a los dioses o se mataban dioses. ¿Cuál de las dos afirmaciones es la apegada al pensamiento del antiguo mexicano? ¿Podían coexistir ambos conceptos?...

Si se llegara a comprobar que el sistema del calendario mesoamericano era bisextil o, para decirlo en palabras más apropiadas, si tenía posibilidades de ajustar en lapsos breves sus años con los años solares naturales, podríamos tener la seguridad de que se usaba como instrumento básico en la agricultura. Si aparte de ser agrícola tenía un profundo contenido religioso —como así era en realidad— que se manifestaba en el establecimiento de ciclos festivos, podemos tener una fuerte suposición de que sobre un original sentido puramente religioso... fue a incrustarse un sentido más práctico, también agrícola, un sentido mágico. Así.

⁹² Alfredo López Austin, "Religión y magia en el ciclo de las fiestas aztecas", *Religión, mitología y magia*, vol. II, México, Museo Nacional de Antropología, 1970, pp. 3-29.

los ritos religiosos iniciales servirían *para* algo, tendrían sentido *para* algo, y en lugar, por ejemplo, de que los dioses del agua fuesen únicamente honrados, se les pediría el agua, serían después conducidos por determinados medios de petición, para acabar por ser compelidos a responder en una forma determinada. Sería el paso también de la plegaria a la fórmula...

Uno de los rasgos que ha sido considerado tradicionalmente como de mayor importancia para la determinación de la naturaleza mágica o religiosa de un acto ritual, es la posición en que se coloca el individuo al pretender algo de lo sobrenatural. La compulsión indica que es mago; la propiciación, que es religioso. Ahora bien, ¿qué naturaleza tenían las ocasiones rituales? Hay, cuando menos, dos contestaciones: se mata a los dioses o se alimenta a los dioses. Jensen, al referirse a las occisiones rituales, les niega el carácter primario de sacrificios. Según él los dioses fallecieron en un tiempo originario para, con su muerte, dar origen a plantas o animales útiles al hombre. La muerte del dios, la homología del mito y el rito, hace que el tiempo originario vuelva a la tierra en una dramatización en la que el numen perece durante la fiesta.⁹³ En esta forma explica no sólo la muerte ritual, sino la ingestión de la carne del occiso, que ya no es su cuerpo, sino el vegetal o el animal que su cuerpo ha producido.

El acto es profundamente religioso. Ni siquiera hay petición. Se hace presente el tiempo originario y el drama es al mismo tiempo representación y realidad.

La occisión ritual, según Jensen, puede practicarse sin que importe si la muerte es de seres humanos o de determinados animales "idénticos" a la deidad en cuestión, ya que lo que importa es el acto de matar, porque no es sacrificio de hombres, sino repetición, celebración del viaje de la deidad al mundo de los muertos.⁹⁴

Esta muerte que hace equivalentes a hombres y bestias aparece en el México prehispánico con una fiesta en la que se sustituyen venados por hombres. En la veintena de Quecholli los hombres son tratados como ciervos en el momento de su muerte...

La segunda interpretación de la occisión ritual es la del sacrificio, la alimentación del Sol, que el hombre hace para conservar la estabilidad del universo. Si el Quinto Sol no es alimentado, se perderá el equilibrio y vendrá el caos. El hombre, al convertirse en sustentador de los dioses, no sólo salva a la

⁹³ Ad. E. Jensen, *Mito y culto entre pueblos primitivos*, trad. de Carlos Gerhart, México, Fondo de Cultura Económica, 1966, 408 pp. (Sección de obras de Antropología), *passim*.

⁹⁴ *Ibid.*, pp. 193-194.

humanidad, sino a los dioses mismos. Ejercita un poder mágico que le es propio y exclusivo. El alimentar a los dioses es tan humano que ni siquiera ellos, fuera ya del tiempo originario, pueden hacerlo por sí. Su incapacidad es curada por el auxilio humano, por una intervención que en realidad está dirigida a una fuerza sobrenatural —un destino de dependencia— superior a los dioses, y con esta acción el hombre, sin petición, actuando en una forma que anula la fuerza, obtiene un resultado que, por muy alto que sea, es específico.

Puede considerarse que de la primera interpretación, la de un sentido profundamente religioso, hay una derivación. El mito puede partir de la contradicción vida-muerte. El dios ha de morir para renacer —así como la planta— y el nacimiento puede provocarse, por tanto, con la muerte. Deja de ser la occisión ritual el tremendo drama de la presencia del tiempo originario, la celebración, para convertirse en un acto-medio, en un proceso de causa-efecto por el que el hombre se convierte en auxiliar del curso de los fenómenos vitales terrenos, así como lo es de los celestes:

En igual forma, es también posible otra derivación por la que el originario dios de las plantas o de la lluvia tenga que ser alimentado como el Sol. La propiciación se hace entregándole el alimento grato.

Es muy posible que estas dos hipotéticas formas de derivación se hayan visto fuertemente influidas por hechos de carácter político. Su incremento puede deberse a la creación de una mística religiosa que el poder gubernamental usara para justificar la conquista continua. Pero a pesar de sobreponerse a la idea original, no logran destruir un conjunto de elementos constitutivos de los ritos que ninguna explicación pueden tener bajo el enfoque simplista de dar alimentos al Sol, a los dioses de la vegetación y a los de la lluvia, o a la simple motivación del proceso muerte-vida.

En efecto, las occisiones no tienen la sencillez que estos motivos pudieran provocar. Tras el complicadísimo ritual puede descubrirse, en el caso de la diosa de los jilotes, para citar un ejemplo, el corte de la espiga hinchada representada por la cabeza de la imagen viviente de la diosa...

Imágenes humanas occisas como ésta constituyen uno de los factores que hacen suponer la representación de la muerte de los dioses como un acto profundamente religioso, drama con sentido y fin en sí mismo. Los ejemplos de representantes o imágenes vivientes son muchos.

En el culto de los Tlaloque, los dioses pluviales, la persistencia de doble interpretación es evidente. Pese a que se ha dicho que los niños sacrificados son “objetos de pago” y que los dioses los reciben con gusto, sus nombres indican que son las imáge-



nes de los montes, deidades de la lluvia. Es la contradicción de ofrecimiento de la divinidad a la divinidad misma, provocada por la coexistencia de interpretaciones.

El culto a los muertos parece haber sido también influido por las ideas de los sacrificios de sangre, cuando menos en los casos en que los muertos reciben no el trato simple de hombres que han pasado a la otra vida, sino de deidades, en el caso específico, pluviales. . .

Actitud compleja; herencia de pueblos y de siglos. Las viejas formas se llenan de nuevos contenidos que no desalojan por completo a los anteriores. Formas tan flexibles que se combaten ante el interés de conquista; tan rígidas que atan a los hombres con la muerte. Está en pie el problema, aunque sólo se haya planteado bajo el ángulo tan restringido que se anunció al principio. . . ¿Cómo es posible que actitudes tan contradictorias se hayan ido superponiendo para descansar, coexistiendo, en un mismo ritual? O, dando una vuelta completa al planteamiento, ¿hemos creado la apariencia de contradicción?